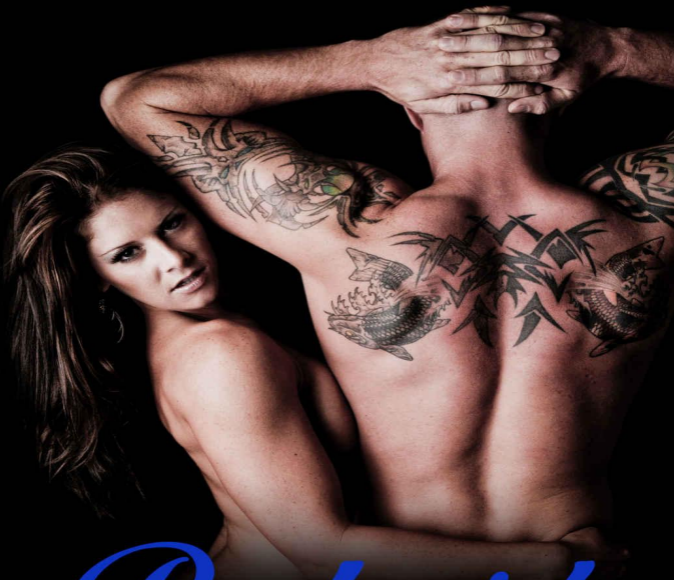


ALENA GARCIA



Protegida

Romance, Acción y Pasión con el Militar

Protegida

*Romance, Acción y
Pasión
con el Militar*

Por Alena Garcia

© Alena Garcia 2016.

Todos los derechos reservados.

Publicado en España por Alena Garcia.

Primera Edición.

Dedicado a Samira,
el primer choque de culturas en mi
mundo.

[Haz click aquí](#)

**para suscribirte a mi
boletín informativo y
conseguir libros gratis**

La gala de la ONU para periodistas, miembros de seguridad y agencias colaboradoras se celebraba en un hotel de Ginebra, en Suiza. Era invierno y la nieve caía en grandes copos que descendían a la tierra con lentitud.

Susana salió a la terraza, pese a llevar un vestido de gala con los hombros desnudos. Necesitaba respirar aire puro. Además, le encantaba ver nevar.

Gaditana de nacimiento, no vio la nieve hasta bien entrados los quince años, cuando fue a Sierra Nevada con los compañeros en un viaje de fin de curso. Adoraba sentir los copos cayéndole sobre la piel. El silencio que envuelve

una nevada copiosa no es comparable a nada.

Cuando estaba empezando a temblar de frío, apareció un hombre a su lado.

—Señorita, se va a congelar —dijo en un inglés bueno, pero con acento que Susana no pudo identificar.

—Sí, es verdad. Me gusta tanto la nieve... Pero no llevo la ropa adecuada para estar aquí.

—Además, es peligroso estar fuera. Tengo órdenes de no dejar salir a nadie a las terrazas —dijo Víctor.

—Ah, ¿usted trabaja aquí? —preguntó ella.

—Hoy colaboro, aunque de incógnito,

con la seguridad del hotel. No es seguro permanecer aquí, se lo digo en serio — dijo él con frialdad profesional.

—De acuerdo —se le escapó a ella en español —, ya entro.

—Es usted española —dijo Víctor ensordeciendo la “*d*” y convirtiéndola, por ello, en “*t*” y con una “*l*” similar a la catalana.

—Sí, soy andaluza.

—Encantado de conocerla. Me gusta mucho España. En realidad, vivo allí gran parte del año, por eso sé español. Me llamo Víctor.

—Yo soy Susana, mucho gusto.

Ambos pasaron dentro y Víctor cerró la

puerta corredera de la terraza.

—Espere aquí un segundo, ahora vuelvo
—dijo él.

El hombre regresó con una toalla caliente para los hombros y el cuello de Susana, que estaban llenos de copos de nieve en pleno proceso de derretimiento sobre la piel helada.

—Oh, qué caballero tan amable. Hombres como usted están en riesgo de extinción, no sé si lo sabe. Muchas gracias —dijo ella mientras se pasaba la toalla por los hombros y la clavícula.

—Es lo esperable ante una dama —replicó Víctor.

Víctor Serguéyevich Smirnov era un ex

militar del Ejército Soviético. Tenía cincuenta y ocho años, pero casi nadie le echaba más de treinta y muchos o cuarenta y pocos. Rubio, con el pelo cortado a cepillo, y unos profundos ojos grises, su mirada podía tornarse metálica o cálida según el interlocutor.

Él salió a la terraza para echar un vistazo rutinario. Debajo del hotel había un pequeño bosque de pinos. A unos cien metros de distancia, le pareció ver una sombra oscura que se movía sobre la nieve de manera sospechosa.

Sin pensárselo dos veces, saltó al suelo. La distancia era de unos cuatro metros, pero la capa de nieve amortiguó la caída. Había formado parte, en su

juventud, del prestigioso cuerpo militar ruso VDV (Vozdúshno —Desantnye Vóiska), los paracaidistas, miembros de uno de los cuerpos especiales más respetados y valorados por los rusos.

Se acercó hasta donde había distinguido la sombra. Ahora vio con claridad la figura de dos hombres que hablaban en susurros. Iban vestidos de negro, encapuchados, y portaban sendos fusiles automáticos que a Víctor le parecieron Kaláshnikov.

Avisó con un botón de alerta al resto de miembros de seguridad. No podía hablar porque le habrían oído. Tenía toda la pinta de ser un ataque terrorista. Ese par de individuos podían tener en sus

cinturas explosivos para volar el hotel entero.

Otra posibilidad era que entraran disparando, pero los servicios de seguridad los abatirían enseguida. Poco probable. La teoría del explosivo era mucho más verosímil.

Si les disparaba desde esa distancia y llevaban explosivos, la onda expansiva podría afectarle. No lo pensó más. Sacó su arma y disparó dos veces. Alcanzó a uno de ellos en el cuello y al otro en la frente. Los dos cuerpos cayeron sobre la nieve sin hacer ruido.

No explotó nada. Se acercó a los cadáveres, les quitó las capuchas y pudo ver que eran caras blancas, de

occidentales. La cosa se complicaba. Registró sus ropas y no halló resto alguno de explosivo. Esa gente no pensaba inmolarsse.

Seguramente entrarían en el hotel y habrían matado al mayor número de personas posible. Estaban muertos. Volvió al hotel, escalando para entrar por la terraza, por si acaso, como temía, había más terroristas y estaban ya dentro del recinto.

Subió hasta la terraza por la que había saltado, trepando como un jovenzuelo, con la increíble agilidad que hizo que sus amigos de la infancia lo llamasen “*el mono*”. Susana estaba otra vez fuera, había salido a buscar al amable

Víctor.

—Quédese aquí fuera, ahora es más seguro —dijo Víctor con un tono que no admitía ni réplicas ni cuestionamientos.

—¿Qué sucede, Víctor? ¿Algo va mal?

Víctor entró y dio varios avisos a través de un aparato especial que llevaban todos los miembros de seguridad. Era alerta roja. Todos los miembros de los equipos de seguridad debían desplegarse alrededor del hotel.

A los pocos segundos empezaron los disparos. Alguien había penetrado en el interior del hotel y había empezado a disparar. Se oyeron gritos de mujeres y las carreras se sucedieron. El caos y la confusión se adueñaron del ambiente.

El tiroteo sucedía en la planta baja. Víctor y Susana estaban en el primer piso. El ex militar bajó por las escaleras a saltos. Allí vio lo que se temía. Los guardas de seguridad yacían en el suelo, con un charco de sangre alrededor de sus cabezas. La gente estaba tumbada; no sabía cuántos eran cadáveres y cuántos estaban aún vivos. Tres terroristas se habían reunido en el centro de la sala y gritaban a todos que se tendieran en el suelo. Así pensaban ir matando uno por uno.

Cuando el primero de los terroristas se disponía a reventar el cráneo de una mujer, Víctor le descerrajó un tiro en la cabeza. Antes de que el cuerpo cayera al

suelo, efectuó dos nuevos disparos que mataron a los otros dos hombres de negro.

Subió las escaleras para comprobar cómo estaba la situación en la parte de arriba. Todo parecía despejado, pero no se fiaba. Era probable que hubiera más hombres escondidos, acechando el momento de actuar.

Cuando llegaba a la terraza, una fortísima deflagración lo tiró al suelo. Una potente bomba había estallado. Salió a la terraza y agarró a Susana por el hombro.

—Tenemos que salir de aquí. Esto es un ataque terrorista. Bajaremos por aquí. Yo salto primero y después usted. No se

preocupe, yo la cogeré y amortiguaré su caída. No hay otra salida. Han colocado bombas.

—¡Dios mío!

Susana no podía reaccionar. Estaba desorientada y con la mirada perdida. Jamás había vivido una situación así. Esta vez, le había tocado a ella.

Víctor saltó y la esperó con los brazos abiertos, en actitud de recibir el cuerpo de ella en cuanto se decidiera a saltar.

—Vamos, señorita, ¡¡salte!! Ahora.

La segunda bomba decidió por fin a Susana a saltar, casi la obligó a ello. Víctor, al tiempo que recibía el cuerpo, se dejó caer sobre la nieve con ella

encima, para disminuir la fuerza del choque.

Se introdujeron en el bosque y dejó a Susana en un gran hueco de un árbol. Se quitó su americana y se la pasó por los hombros.

—Espéreme aquí. A mí y solo a mí. No se mueva, no salga, no hable, no grite. Tranquila. Todo irá bien. Vuelvo en cuanto pueda. Más gente podría necesitar mi ayuda.

—Tenga cuidado —fue la ridícula frase que se le ocurrió a ella. Se arrepintió de decirla en cuanto las palabras salieron de su garganta.

Víctor volvió al hotel por la entrada principal. Algunas personas lograron

salir por su propio pie. Otros estaban dentro, muertos o heridos por la onda expansiva de las bombas.

Sacó a cuantos pudo, a veces de dos en dos. Los iba colocando sobre el césped que había junto a la entrada. Las ambulancias no tardaron en aparecer. Incluso demasiado rápido, se dijo Víctor. Como pasaba siempre, todo era parte del gran juego.

En los últimos tiempos, consideraba Víctor, los jugadores principales estaban rebasando todos los límites. Con pena, contó mentalmente los cuerpos sin vida. Eran más de tres decenas, casi cuarenta en total.

Es cierto que gracias a su intervención,

había muchos supervivientes, más de doscientos, que habrían caído bajo las balas de los fusiles de los tres hombres que derribó. Todo ese grupo del salón central estaba a salvo.

Cuando todo pasó, se acercó al lugar donde esperaba Susana, que estaba temblando y llorando en silencio.

—Nos vamos de aquí —dijo Víctor.

—Tengo que contarlo. Soy periodista, trabajo para una cadena española. No puedo renunciar a mi profesión —dijo ella entre sollozos.

—Bueno, tranquila. Tomaremos un café muy caliente y después, si se encuentra con fuerzas, cuente lo que quiera. Pero le advierto que sería mejor no contar

nada. Ahí solo hay muerte, destrucción, sangre, trozos de carne... Más terror que será convenientemente transmitido al conjunto del planeta.

—¿Cree que es mejor ocultar esta desgracia? —inquirió ella.

—Sí, sinceramente, así lo creo. Pero ese no es mi trabajo. No soy periodista. Pero sí sé por qué se hace todo esto. Para que luego todos los medios de información de los distintos países se ocupen, durante unos días, del asunto. Que no se hable de otra cosa. Si no hubiera esa propaganda, muchas de estas cosas no sucederían por no tener repercusión social. Pero ya le digo, he llegado a esta conclusión a través de mi

experiencia, que no es pequeña.

—Entiendo. Le agradezco mucho lo que ha hecho por mí. Me ha salvado la vida.

Susana fue atendida por los servicios sanitarios. Se había hecho un pequeño corte en la muñeca cuando se tiró desde el balcón del hotel. Víctor permaneció vigilante. Era el único miembro de seguridad que quedaba vivo. Los atacantes conocían con precisión el número de miembros de seguridad y sus respectivas posiciones.

Una prueba más de que eso no era un ataque terrorista, sino un asesinato en masa más del poder, del más alto poder, al que no le importaba asesinar a cuantos seres humanos hiciese falta para

alcanzar sus oscuros fines.

Víctor se sentía cansado. Por sus pupilas habían desfilado demasiados cadáveres. Su dedo había apretado el gatillo para matar a demasiadas personas. ¿Hasta cuándo? Él, que había luchado en Afganistán como capitán del Ejército Soviético en la década de los 80, que era héroe nacional por haber puesto a salvo a su división y haber evacuado dos pueblos enteros con miles de personas, resistiendo durante cuatro días fuego enemigo, con un brazo roto, un tobillo dislocado y nada de agua ni comida.

Todas esas escenas le venían una y otra vez a su mente. Ya no se preguntaba,

como cuando era joven, el porqué de tanta maldad. Por qué el ser humano se destruía en guerras y conflictos eternos. Todo era una vorágine que algunos sabían cómo empezar. Después, la rueda de la muerte era imparable. Una vez que se formaban los bandos, todo estaba hecho.

Víctor tenía que irse. Demasiada gente lo estaba señalando ya como el héroe de la triste jornada. No deseaba que las cámaras lo enfocasen. No soportaba ese circo mediático que conocía bien. Los periodistas no eran sino siervos voluntarios de un poder que les decía lo que había que emitir y lo que no, y cómo hacerlo.

Ellos aceptaban, sumisos, sin preguntarse si estaban siendo dirigidos y sin pensar hacia dónde les conducían. Definitivamente, no iba a permitir que saliera ni su rostro ni su nombre. Salió de allí sin que nadie se percatara de ello. Víctor sabía desaparecer como la niebla en una mañana de otoño.

Susana hizo una entrada de tres minutos para su canal. Muchos compañeros estaban muertos o heridos. La tragedia había golpeado, en esta ocasión, a los periodistas. Cuando terminó de pronunciar las manidas frases de siempre en estas situaciones, buscó a Víctor. Pero no pudo hallarlo; tampoco supo nadie decirle dónde estaba el héroe

anónimo que había sacado del hotel, en sus fuertes brazos, a tantas y tantas víctimas.

Susana se enteró, una hora después, de que un hombre, desde las escaleras, había abatido con tres disparos, a los tres terroristas que habían entrado matando a los miembros de seguridad de una manera rápida y efectiva.

Dos horas después, la policía encontró los cuerpos de otros dos terroristas, caídos en los alrededores del hotel, no lejos de la terraza por donde descendió Víctor. Susana ató cabos y entendió que ese hombre había matado a aquellos cinco tipos, salvando así a muchísimas personas de morir ejecutadas.

—¡¡¡Y yo pensando en la entradilla!!! Seré estúpida... —gritó Susana.

El cámara, que estaba herido en un brazo pero, a pesar de ello, había querido grabar las imágenes de la entradilla de Susana, dijo:

—¿Qué dices, Susi?

—Nada, nada, cosas mías —contestó ella buscando con la mirada al héroe de la noche, que se había desvanecido como un fantasma.



Víctor trabajaba, como jefe de seguridad

privada, para Román Urálov, dueño de una poderosa organización que incluía miembros de mafias, abogados, políticos, policías y muchos otros profesionales.

Estaba, como cada mañana, controlando una de las mansiones de Román en Madrid, la residencia donde pasaba más tiempo al año. Acababan de instalar unos nuevos detectores de láser y quería probar su eficacia. La llamada del señor Urálov interrumpió su trabajo.

—Vitia, ven un momento adentro, por favor. Tengo que hablar contigo.

—Ahora mismo, Román Dmítrievich —respondió Víctor, que trataba a su jefe con la habitual forma rusa respetuosa,

con nombre más patronímico.

Román había intentado que Víctor le tutease, pues confiaba ciegamente en su jefe de seguridad, pero Víctor le dijo que el trabajo es serio y no se puede empezar a estropear usando tratamiento de amigos, aunque considerase a Román más que un amigo, casi un hijo.

Víctor entró en la fastuosa mansión de Urálov. Román lo esperaba sentado en el diván, con una sonrisa en la cara.

—Víctor, mi estimado y respetado Víctor Serguiéyevich. Siéntate, por favor —dijo Román.

—Parece que has dejado a una dama prendada de tus encantos —continuó Urálov.

—Quizá sea la periodista española que estaba en el hotel. La llevé a un lugar seguro. Estaba allí, en la terraza, bajo una intensa nevada, con un vestido de tirantes. Estas mujeres...

—La chica está intentando localizarte por todos los medios. Muchos de mis muchachos han recibido mensajes similares. Te busca a ti, Víctor. Parece tenaz esta española —apuntó Román.

—Me fui de allí en cuanto pude. Ya sabe usted que no soporto el circo de los medios de comunicación. Me asquea. La chica es bonita, no voy a negarlo, y me pareció buena persona. Pero es periodista.

>>Estaba temblando, no entendía qué

pasaba. Pero está programada, como todos ellos, para ir rápido hasta un micrófono y contar lo que todo el mundo ya puede imaginarse sin necesidad de que tantos corresponsales acudan a la zona.

—Te entiendo muy bien, Víctor. Y estoy de acuerdo contigo. El estúpido mundo actual; qué te voy a contar que no sepas. Yo solo quería avisarte. Sabes que no decido por los demás. La decisión es tuya. Si deseas que le facilitemos un medio de localizarte, hoy mismo te llamará.

>>>Si no, a otra cosa, mariposa. Pero en este caso, viendo el inusitado interés, me parece que no quiere hacerte una

entrevista al uso. La has impresionado, me temo. Como impresionas a casi todas las mujeres, si no te importa que te lo diga por primera vez.

>>Observo cómo te miran. Todas. Jóvenes y maduras. Ancianas y adolescentes. Tu porte, tu mirada, tu seguridad en ti mismo, tu discreción, tu amabilidad con ellas, tu caballerosidad... ¿Qué esperabas, Víctor? Está rendida.

—Román Dmítrievich, la verdad, yo...

—balbuceó el ex militar.

—Lo sé, Víctor, sé que la pérdida de Svetlana fue demasiado dura para ti. He pensado que quizá puedas tener una oportunidad con esa mujer. No te

molesto más, Víctor. Piénsalo. Si decides algo, avísame.

—Una vez más, estuviste fabuloso en el hotel —añadió Urálov—. Hay cientos de hombretones que me ofrecen, a diario, sus servicios: ex agentes, militares en activo, agentes dobles, asesinos, matones, guerrilleros, mercenarios varios de toda calaña y condición. Pero no hay otro como tú, Víctor. Mientras tú desees estar conmigo, nadie te sustituirá. Nunca. Eres imprescindible para mí.

—Es un honor oír eso, señor. Pero el halago debilita. Tengo que seguir activo, en forma, atento. En cualquier momento, un descuido, una casualidad, y estoy

muerto, matan a alguien a quien debo proteger.

—Sigue con lo tuyo, Víctor. No te molesto más —dijo Román.

—Gracias. Está todo preparado para la recepción de esta noche.

—Perfecto, Vítia. Nos vemos por la noche.

—Hasta la noche, Román Dmítrievich.

Hacia las tres de la tarde, Víctor llamó a Román a través del móvil que solo utilizaba para la comunicación con él y que no tenía ninguna otra persona. Le dijo a Román que podía darle su número a la chica.

—Total —dijo Víctor —, hablaremos

media hora y no querrá volver a verme. A las mujeres actuales les gusta que les mientan, y luego lloran y patalean cuando se dan cuenta de que las mienten sin cesar.

—Víctor, tranquilo, hombre. A lo mejor esta te sorprende. Te está buscando. Es mujer y no cejará hasta que te localice, créeme.

—Lo sé, lo sé. Por eso le digo que es mejor resolver este asunto cuanto antes —contestó Víctor.

Cinco minutos después, una llamada de número desconocido entraba en el teléfono de Víctor.

—Alló —contestó él en ruso.

—Buenas tardes. ¿Víctor? —preguntó una voz femenina en español.

—Sí, soy Víctor. ¿Quién es?

—Soy Susana, la periodista de la terraza del hotel. ¿Me recuerda?

—Por supuesto que la recuerdo, señorita. ¿Qué tal la herida de la mano?

—preguntó él, con amabilidad.

—La herida está bien, va cicatrizando. Es un arañazo sin importancia — contestó ella.

—Me alegro de oírlo.

—Víctor, el otro día me quedé sin palabras. Quería agradecerle, en persona, todo lo que hizo por mí, y no solo por mí, sé que fue usted el

misterioso héroe que salvó a tantas personas y que... bueno, por teléfono es mejor no hablar de estas cosas.

>>Me preguntaba si le apetecería quedar conmigo algún día de estos. Charlamos, tomamos un café tranquilos, en un sitio más templado que aquella fría terraza. No iré como periodista, se lo prometo, sino como persona. Me cuentas de que no le gusta mi profesión.

—La verdad es que estoy muy ocupado, Susana. No sé qué día tendré libre. Desde luego, esta semana no libero ningún día y no podré. Llámeme otro día, la próxima semana, y ya le diré.

Susana no estaba acostumbrada a recibir llamadas largas por teléfono. Era la primera vez

que le sucedía. Era una mujer morena, de ojos verdes y piel siempre bronceada. Tenía los ojos rasgados y las pestañas larguísimas. Medía un metro y setenta centímetros y su cuerpo no conocía la línea recta.

Periodistas, cámaras y telespectadores de media Europa andaban enamorados de ella. La cámara la quería y realzaba aún más sus espectaculares encantos.

Estaba aburrida de quedar con hombres que solo querían estar con ella por su cuerpo. Por eso se sintió atraída por Víctor, un hombre auténtico que la miraba como persona y la trataba como a una princesa. No podía quedar todo así, con esa triste llamada telefónica. Le

había costado Dios y ayuda localizarlo y no iba a rendirse a las primeras de cambio.

—De acuerdo, Víctor. No lo molesto más. Lo llamaré dentro de unos días. Gracias otra vez, de corazón.

—Fue un placer, señorita. Cuídese y tenga cuidado. Ya ve que estamos todos en peligro —dijo Víctor.



Por la noche, Román Urálov daba una fiesta. Había invitado a personalidades de la política, del mundo del

espectáculo, a deportistas, a catedráticos y a muchos rusos que vivían en España, la mayoría mafiosos de marca mayor.

Susana había sido invitada a la fiesta el día anterior por parte de Román. Ella pensó que la invitaban por ser una conocida periodista y no sospechó segundas intenciones. Urálov quería conocer el aspecto de la mujer que perseguía a su jefe de seguridad. Podía ser un problema para todos si era demasiado bonita.

La recepción comenzaba a las ocho de la tarde. Los invitados fueron llegando a la mansión de Román Urálov como con cuentagotas. Desde las siete y media

hasta las ocho y cuarto el desfile fue continuo.

La invitación permitía llevar a un acompañante por persona. Susana invitó a Carlos, uno de sus mejores amigos y un cotilla empedernido al que le encantaban esos fiestorros de la alta sociedad. Carlos fue con traje negro, camisa blanca y corbata azul celeste.

Susana llevó un espectacular vestido que le prestó una amiga rica que los tenía de sobra en su armario, muchos de ellos sin estrenar. El vestido era de color fucsia, con ligero escote y mucha abertura en la espalda, dejando ésta casi desnuda. A Susana le quedaba bien cualquier prenda porque sus rotundas

formas de mujer no era posible taparlas ni disimularlas con nada.

Carlos y Susana llegaron a las ocho menos diez en un taxi. A ambos les impresionó la seguridad que tenía la mansión. Tuvieron que cruzar varias barreras con guardas antes de llegar a la puerta de entrada.

Aunque ya había muchas mujeres, y muchas de ellas eran bellísimas, todas las miradas de los hombres se giraron para contemplar la elegancia natural y la figura de Susana. No pasaba desapercibida.

Docenas de camareros ofrecían los más variados cócteles, aperitivos, las mejores marcas de champán francés en

copas de cristal de Bohemia e incluso aperitivos para vegetarianos. Los asistentes masculinos no perdieron el tiempo y se apresuraron a presentar o a ser presentados a la bella Susana.

Algunos la habían reconocido, pero otros se mostraron sorprendidos cuando les dijeron que era la famosa reportera del nuevo canal de televisión. Después de su directo el día del atentado en el hotel, su fama había crecido como la espuma. Estaba en la cresta de la ola.

Había recibido ofertas de cadenas norteamericanas, argentinas, mejicanas y chilenas. Si no hubiera conocido a ese hombre, a Víctor, el que le salvó la vida, estaría ahora crecida profesionalmente

hablando, estudiando ofertas, decidiendo su futuro.

Pero no había sido así. Por el contrario, no podía sacarse de la mente la imagen de Víctor cogiéndola cuando ella, aterrada, saltó desde la terraza. No podía olvidar cómo ese hombre había ido a buscar toallas calientes para paliar el efecto de la nieve sobre sus hombros.

Y él, justo él, no la miraba como los demás. Ese hombre tenía algo, era especial. Se sentía atraída por él. Necesitaba encontrarlo y verlo de nuevo.

Víctor vio a Susana cuando, desde lo alto de la escalera, hacía una ronda visual y vigilaba el comportamiento de

los invitados, moviendo su vista en zig—zag. Entendió la jugada de su jefe, Román. La había invitado con un doble motivo. Conocía a Román mejor que si fuera su propio hijo. Quería verla bien, analizarla, y, de paso, observar su reacción cuando estuviera con ella.

Susana tardó en percatarse de la presencia de Víctor. Lo vio hablando en un corro de hombres, todos grandes y cuadrados, con la cabeza afeitada. Dedujo que serían hombres de seguridad, compañeros de profesión. Quiso hacer una tentativa de acercarse, pero no se atrevió. Aquel hombre le imponía demasiado respeto. Tras la conversación telefónica, la periodista no

se sentía muy segura. Decidió ser prudente.

Víctor no pensaba acercarse a ella. Estaba de servicio y no iba a relajarse en un día como aquel. Román Urálov tenía multitud de enemigos. No pocos de ellos eran supuestos amigos, pero Víctor avisaba a Román de cuándo un amigo iba a traicionarlo o pensaba hacerlo.

Nunca se equivocaba. Conocía la naturaleza humana como si él hubiese sido uno de los creadores del homo sapiens. Sabía leer en las caras, interpretaba correctamente todos los gestos y no se le escapaba el brillo de los ojos ni la dilatación de la pupila ante una mentira preparada.

Tuvo que ser el anfitrión, Román Urálov, el que diera el paso de acercar a Víctor hasta Susana. Se dio cuenta de que el hombre no iría nunca y ella estaba acobardada e indecisa.

Consiguió quedarse, astutamente, en medio de ambos, y, en un leve descuido de Víctor, lo abordó por detrás y le dijo, en voz baja, para no comprometerlo demasiado:

—Vitia, amigo, ¿no vas a presentarme a la mujer que te ha buscado por todos los rincones de Europa? Está aquí. Yo la invité.

—Sé que está, Román Dmítrievich. De acuerdo, voy a presentársela. Si no lo hago, ni usted ni ella me dejarán trabajar

en paz, me temo —dijo Víctor sin mucho entusiasmo en el tono de voz.

Se acercaron hasta donde estaba Susana, que en ese momento hablaba distendidamente con Carlos y otros dos jóvenes.

—Buenas noches, señorita Susana —dijo Víctor, serio e imponente como en él era habitual.

—Buenas noches, Víctor. Me alegro mucho de que se haya decidido a saludarme —comentó ella.

—Quiero presentarle a mi jefe, el hombre para el que trabajo desde hace varios años. Es el anfitrión. Él la ha invitado a esta fiesta, pero me parece que aún no se conocen en persona.

Susana, este es Román Dmítrievich Urálov.

—Encantado, Susana. Es un placer y un honor para mí el que hayas aceptado mi invitación. Estás siendo la sensación de la noche —dijo Román mientras besaba dos veces en la mejilla a Susana.

—Encantada, Román. Este color del vestido es un poco llamativo, quizá —se excusó Susana, insegura.

—Nada de eso. Es perfecto, querida. Solo tienes que observar las miradas que te echan sin parar el resto de las damas. De momento no les gusta tu competencia, pero son tan curiosas y cotillas que les has dado tema para toda la noche —dijo Román.

—Huy, me llama Kostia. Disculpadme, por favor. Enseguida estoy con vosotros. Tengo que hablar con una persona —dijo Román mientras desaparecía del lado de Víctor y Susana.

—Claro, señor. Me esperaba esta encerrona —dijo Víctor, resignado.

—Si quedarse conmigo es una encerrona molesta, Víctor, puedo irme. No querría molestar ni estropear la noche a nadie —dijo ella.

—Usted es una invitada. Pero yo, hoy, estoy trabajando y no me gusta que nadie, ni siquiera mi jefe, me distraiga de mis obligaciones. Por eso, si me disculpa, seguiré con lo mío. Deseo que lo pase lo mejor posible. Hasta luego,

señorita.

—Adiós, Víctor —respondió Susana.

No había manera. Ese hombre era del todo inaccesible. Susana se le imaginó con cuerpo de muro de granito. Y ella era un simple y débil punzón que no lograría ni siquiera arañar el exterior de ese férreo muro.

Se quedó triste y decepcionada. Quería decirle tantas cosas... Pero, claro, pensándolo bien, si estaba trabajando, tampoco tenía ella derecho a distraerle con tontas frases de jovenzuela. La casa estaba abarrotada y entendió que él no se sentía cómodo alejado de sus obligaciones.

La fiesta duró hasta las tres de la

madrugada. Susana se fue antes, hacia las doce. Carlos se quedó. No había estado en una fiesta con tanto glamour en toda su vida.

Víctor observó la despedida de Susana y Carlos y entendió que ella volvería sola a casa. Cuando ella se disponía a marcar el número del taxi, él se adelantó y, con un gesto que no necesitaba explicaciones, indicó a uno de sus hombres que la señorita no debía ir sola a casa.

Andréi, un joven del equipo de Víctor, se acercó a Susana y le dijo, en un pobre español:

—Chica, yo acompaña a tu casa, llevo en coche. Son órdenes de jefe.

—Oh, vale, muchísimas gracias. Así llegaré antes. Qué amable es Román.

—Buena, Román es jefazo, el dueño, jefe mío Víktar (pronunciación rusa del nombre Víctor), jefe de toda seguridad.

—Ah, Víctor... —repitió Susana mientras su mirada lo buscaba con ansia. Finalmente lo vio en una esquina, vigilando que Andréi cumpliera con el encargo. Susana se despidió de él con la mano. El glacial Víctor levantó levemente su mano izquierda correspondiendo a su gesto.

Andréi abrió la puerta de un Audi A8 negro para que entrara Susana.

Arrancó el motor y le preguntó a la

chica su dirección. Ella se la dijo, pero Andréi no conocía aún bien Madrid y no conocía la calle.

—No te preocupes, tranquilo. Yo te iré indicando, ¿vale? Ahora debes girar a la derecha, en ese cruce. Después todo recto durante un buen rato.

—Gracias, chica. ¿Cóma te llames?

—Susana. ¿Y tú?

—Esto... Andréi, Andréi Malchánov. Soy encantado de te conocer.

—Igualmente, Andréi —dijo Susana, sin poder evitar una sonrisa ante la divertida colocación de las palabras que realizaba el ruso.

—Tu jefe es todo un personaje, por lo

que me han contado —siguió ella.

—Víktar es acero pura. Es como... Sé pocas palabras, me perdona, oie. Es tío duro de verdat. Me gusta mucha como jefe. Estricta, pero siempre es justo con todos. ¿Sabes? En años ochentas le concedían medalla y era declarada héroe de guerra, en Afganistán. Él es héroe, Susana.

—Lo sé, Andréi. Yo estaba en el hotel de los atentados. Y él me salvó la vida.

—Oi, no supe eso. Qué grande es, siempre salva débiles, niños, ancianos, mujeres; esto primera para él. Siempre. Eso sí, con caprrones hijo putas no tiene piedad, es terrible, es máquina de picar carne. Lo que te diga, es hombre

verdadera. Muy pocos como él quedan hoy.

Llegaron a casa de Susana y Andréi acompañó a Susana hasta la puerta.

—Chica, buenos noches. Tengo novia, sabes, por eso no doy número mío, ¿vale? Siento mucho, oie. Pero eres guapísima.

—Gracias, Andréi. Has sido muy amable. Bueno, qué le vamos a hacer. No se puede tener todo en la vida. Al menos he tenido la suerte de conocerte y hablar un poco contigo. Algo es algo — dijo Susana, burlona.

—Entonces, vale, chica, que me tenga que ir ya. Víktar enfada si yo voy a tardar.



La paciencia no era una de las virtudes de la andaluza y el mismo lunes llamó otra vez a Víctor, con la esperanza de encontrarlo de mejor humor y algo menos ocupado.

Marcó su número pero él colgó cuando el teléfono dio dos tonos. Podía estar ocupado o podía ser una señal de que lo dejara en paz y no lo molestara más. No quiso insistir. No quería que la tildase de pesada.

Dos horas más tarde, Víctor llamó.

—Hola, Víctor.

—Buenas tardes, Susana. Antes no podía hablar, estaba ocupado, por eso colgué.

—Ya me lo imaginaba. Como habíamos quedado en que esta semana lo llamase para ver si tenía más tiempo, me he dicho a mí misma: “*vamoh a intentahlo*” —dijo con marcado acento andaluz.

—Oh, eso es andaluz, ¿verdad? Me hace mucha gracia ese deje de ustedes.

—Por eso lo he hecho, a ver si se ríe usted un poco, mi *arma*.

—Susana, mañana tengo el día libre hasta las seis de la tarde. Podríamos

vernos a alguna hora, si le parece bien.

—Me parece perfecto. Mañana... ¿a qué hora y dónde? —preguntó ella.

—O incluso... Esta noche estoy libre desde las nueve y media. Quizá aún nos dé tiempo a cenar algo por ahí. ¿Qué me dice?

—Le digo que me da usted una alegría grande si es hoy. Esta noche es mejor, sin duda. Yo salgo a las nueve de la tele. Acabo el informativo y a las diez estoy donde usted diga.

—No, no, yo voy a buscarla. Dígame dónde está esa televisión suya y a las diez como máximo estaré ahí.

—De acuerdo, le mando mi dirección a

través de un sms.

—Perfecto, Susana. Hasta la noche.

—Hasta luego, Víctor.

A las diez en punto, Víctor llegó a la zona de aparcamiento de “*Cadena 7*”, un nuevo canal especializado en programas informativos y debates que intentaba destacar de entre toda la telebasura que inundaba la programación española.

Susana bajó a las diez y cinco.

Víctor la esperaba fuera del coche, con un vistoso ramo de tulipanes amarillos.

—Oh, Víctor, gracias. Qué preciosas. No me esperaba esto, la verdad.

—Quedar por primera vez con una

mujer y no llevarle flores es un insulto. No quiero ofenderla —alegó él.

—Qué divertido. No me habría ofendido si hubiera venido solo usted, pero me encantan estas amiguitas amarillas.

—Bueno, Víctor, ¿adónde podemos ir?

—Como casi no salgo, y mucho menos con una mujer, he tenido que preguntar a Román qué sitio sería idóneo para esta cena. Él me ha recomendado el restaurante “*El capricho flamenco*”. Vamos a probar.

—Perfecto. No he oído hablar de él. Será nuevo —dijo Susana.

“El capricho flamenco” era un pequeño restaurante decorado con muy buen

gusto. Tenía cuadros originales de Ámsterdam, de Rotterdam y de la zona flamenca de Bélgica, como Amberes y Brabante.

La cocinera era una gorda flamenca que hablaba español con desparpajo. Ella misma salió a recibirlos y saludarlos. Tanto a Víctor como a Susana les pareció que Román había acertado plenamente con el lugar. Era el sitio adecuado. Muy tranquilo, silencioso y discreto. El restaurante no tenía más de diez mesas y solo dos estaban ocupadas en ese momento.

Elke, la dueña y cocinera, les recomendó “Waterzooi” de pollo. Es un plato caldoso de verdura con trozos de

pollo.

—Es la mía especialidad. Prueben. Acabo de terminarlo —dijo Elke.

—De acuerdo, Vadersei... o como se llame para mí —dijo Susana.

—Para mí también, gracias —pidió Víctor.

—Y de beber, no se pueden ir de mi restaurante sin probar “*Bolleke De Koninck*”, la cerveza más rica y fuerte de Amberes. Es de alta fermentación, así que les recomiendo no más de una por persona. Si han traído coche, para el conductor mejor otra bebida, creo —dijo Enke entre risas.

—He traído coche, señora. Pero soy

ruso —aclaró Víctor.

—Ah, ruso, oy, entonces eso es leche de bebé para usted, claro, jajaja.

Degustaron con entusiasmo el plato de Enke y bebieron la cerveza de Amberes. A Susana ésta se le subió a la cabeza. No conocía el efecto de las cervezas belgas, que tienen doble y hasta triple fermentación, por lo que los grados de alcohol son engañosos. Puede hacer más efecto que el whisky o el coñac.

—Víctor, quería decirle que usted me impresionó mucho. Y no hablo de su heroica actuación ante los terroristas y las bombas. Me refiero a los primeros minutos, cuando salió a advertirme de que no se podía estar en la terraza. No

he podido dejar de pensar en usted. Por cierto, ¿podemos tutearnos? Se me hace difícil hablar de usted. No lo hago nunca.

—Sí, esto es España. Hablaremos de tú, si quieres —concedió él.

—Además, tienes casi mi misma edad. Quizá diez años más, como mucho —dijo ella.

—Diez años más... Susana, podría ser tu padre y casi tu abuelo.

Ella se quedó desconcertada. No le echaba más de treinta y ocho o cuarenta años.

—Me parece que piensas que soy una cría. Tengo casi treinta años, Víctor.

Exactamente veintinueve primaveras me contemplan.

—Sí, me parecía que tenías un poco más de veinticinco años. No, no me equivoco, Susana. Por edad, podría ser muy bien tu padre —insistió él.

—De manera que... No sé, si tienes cincuenta, eres el quincuagenario más atractivo que he visto nunca.

—Tengo justo el doble de años que tú, como había imaginado. El doble exacto.

—Cincuenta y ocho años. Con esa cara, y ese cuerpo. Saltando así de una terraza... No es posible, me tomas el pelo, Víctor —dijo Susana.

—No. Es mi edad real, ¿para qué voy a

ocultarla? Sería absurdo.

—Pero parece que tienes veinte años menos, en serio, veinte. Es increíble. No tienes ni una cana, ni una arruga...

—Bueno, el aspecto físico no lo elegimos. No depende de nosotros, sino de la genética, supongo —alegó Víctor.

—Te has quedado muda, señorita Susana. Ahora ya me ves con otros ojos, ¿verdad?

—No, solo estaba pensando en... bueno, no sé. Me desconciertas siempre, Víctor, de verdad. Soy una chica, creo, abierta, desinhibida, un poco dicharachera, alegre, vital, pero tu presencia me impone. Pero eso me gusta, no lo tomes a mal. Me gusta mucho —dijo ella

abriendo bien los ojos —. Tu presencia impone dignidad, hombría de la que casi ha desaparecido, respeto y admiración.

—Bueno, bueno, los piropos no me agradan mucho, en realidad. Aunque, lo confieso, en esta situación, en este sitio, ante una mujer como tú, reconozco que no está tan mal. Bueno, estar con mujeres no es lo mío, Susana. No soy mujeriego ni lo fui nunca. Solo tuve una mujer en mi vida, una sola. Pero no voy a hablar de este tema ahora.

—Lo entiendo —dijo ella.

—Pasemos a otro asunto —terció él —. ¿Cómo te fue en la fiesta el otro día?

—Me gustó mucho. Había tanta gente conocida que parecía la entrega de un

premio de cine o algo similar. Tu jefe, Román, conoce a todo el mundo. Es impresionante.

—Él vive de eso, de los contactos, de conocer gente y de la confianza que le puedan generar esas relaciones — explicó Víctor.

—Por cierto, gracias por enviar a ese chico, Andréi creo que se llama, para que me acompañara hasta casa. Era muy divertido.

—Es muy joven. Es buen chaval, la verdad, pero un poco impulsivo. Estoy intentando que asiente la cabeza —dijo Víctor.

—Está muy seguro de sí mismo. No me dio su número porque ya tiene novia.

Así me dijo —explicó ella riendo.

—Es muy bromista. Es posible que no tenga novia, pero le gusta soltar una gracia antes de despedirse. Es su sello.

Durante la cena, Susana no podía dejar de admirarse ante lo bien conservado que estaba ese hombre. Irradiaba salud por todos los poros de su cuerpo. Es posible que hubiese nacido hacía cincuenta y ocho años, pero el tiempo no clavaba en él su inevitable daga. La voz era profunda, retumbaba en el pecho de Susana. Le encantaba escucharle hablar.

Susana iba vestida con un vaqueros ajustados deslavados y un jersey de lana grueso de cuello alto, que resaltaba sus ya de por sí grandes pechos. Víctor

intentaba no mirarlos demasiado, pero estaban ahí, era inevitable. De vez en cuando la mirada se desviaba hacia ellos.

Llevaba demasiado tiempo sin tocar a una mujer. Su cuerpo reclamaba lo suyo. Necesitaba otro tipo de guerra. Él sintió que la noche, la fuerte cerveza y la intimidad del lugar lo llevarían inevitablemente a yacer con esa joven que podría ser su hija por edad.

“Esto no es serio”, pensó Víctor en ruso. “Intento evitarlo, pero no puedo, no puedo dejar de mirarla. La deseo con toda mi sangre. Estoy cansado de luchar conmigo mismo. Necesito relajarme y descansar”.

—Víctor, estás muy lejos de aquí ahora mismo. Lo noto. Tu cuerpo está, pero tú no estás —reveló ella.

—Sí, estaba pensando. A veces pienso demasiado —contestó él—. Y te confieso que, en este mundo actual frívolo y superficial, el que piensa demasiado está fuera de juego. Se queda fuera de la vida real.

—¿Por qué piensas tanto, Víctor?

—No puedo no estar pensando. Es cierto que se sufre más, pero no acepto ser un borrego que acepta toda la basura que hay en el mundo sin preguntarse jamás nada. Yo mismo, por ejemplo. Fui militar de carrera y tenía que obedecer órdenes.

>>Cuando las órdenes eran discutibles, por no decir que eran directamente injustas, no podía cumplir la orden. Por eso me mandaban siempre a primera línea de fuego. Allí no había órdenes discutibles ni dilemas morales. Se trataba de sobrevivir, morir o matar.

>>Ahora protejo a un hombre que ha montado un complicadísimo entramado donde lucha, a su manera, contra algunos de los amos del mundo. Pero el precio a pagar es alto. Tú misma estás al servicio de lo que unos pocos deciden. Qué emitir o no, qué noticias se dan, cuáles se ocultan, cómo se tratan determinados problemas de la sociedad...

—Es cierto, Víctor. No puedo elegir.

Los periodistas actuales, hace tiempo que me di cuenta, no son sino voceros del poder. Somos su altavoz. Estudié periodismo en Madrid, en la Complutense. Quería cambiar el mundo. Tenía sueños de hacer algo diferente, de dar noticias que nadie daba, de ocuparme de la gente con problemas y de que eso se supiera en todas partes.

>>No se puede. No te dejan. Y ahora estoy aquí, en esta cadena, que no está tan mal porque, al menos, no emitimos la degradante basura que dan las otras; pero sí, como dices, hay un jefe que decide qué se emite y cómo se hace. A ese jefe le llegan, a diario, recomendaciones y sugerencias de

mucho más arriba. Él es otro eslabón de la cadena.

>>El otro día, después de la entradilla que hice en directo, al terminar, te busqué. No me importaba ya la audiencia, ni cómo habría quedado. Me importabas tú, dónde estabas, qué hacías, si estabas herido... Pero fue tarde. Te fuiste. Y me arrepentí de haber hecho esa entradilla. Me arrepentiré siempre.

—Bueno, es tu trabajo, Susana, hiciste lo que tenías que hacer. No lo des más vueltas. Estamos atrapados. Todos nosotros. Incluso el que se cree libre porque no está al servicio de nadie ni a las órdenes de nadie, es esclavo. Un

mendigo, por ejemplo. Depende también de otros, de que le quieran dar limosna para conseguir la comida diaria. O dependen de que sigan existiendo centros de beneficencia. Todo está controlado, absolutamente todo. Vivimos en una jaula —dijo Víctor.

—No me esperaba este tipo de conversación con un militar, si te soy sincera —comentó ella.

—Hay que mirar dentro, Susana. Tienes que aprender a mirar dentro de las personas. Su profesión, su traje, su ropa, la apariencia externa no es nada, no significa una mierda. En Afganistán conocí a abuelos analfabetos que daban mil vueltas en inteligencia y sentido

común a muchos catedráticos o científicos que se creen unos cerebritos.

>>Cada uno de nosotros tiene ideas propias, tiene algo que aportar. Pero muchos no se atreven, o no quieren hacerlo. No sé qué es peor, si no querer por desear aparentar lo que no se es, o no atreverse. El miedo es un gran peligro. El miedo, Susana. ¿Te das cuenta? ¿Qué crees que ocurrió el otro día en el hotel?

>>Lo que viste y viviste son semillas. Las semillas del terror, las semillas del miedo. Siembran miedo y luego recogen los frutos: paralización, inhibición, acatamiento de cualquier medida que quieran tomar contra nosotros. Porque el

miedo es la base de todo. Sin miedo no hay poder.

Susana estaba paralizada, hechizada por las palabras de ese hombre. Tenía razón. Apenas sabía qué más decir. Cualquier frase que dijera ahora sonaría ridícula. Pero él dice que no hay que tener miedo.

—Víctor, me gusta escucharte. Estaría aquí sentada toda la noche, mirándote a los ojos y viéndote hablar. Pero me temo que Enke quiere cerrar. No sé si te has dado cuenta de que estamos solos. Son las doce ya.

—Sí, es hora de salir —afirmó él.

Víctor pidió la cuenta y pagó, dejando una generosa propina que dejó a Enke, por primera vez, sin palabras.

Él le abrió la puerta del coche. Cuando ella entraba, a Víctor le pareció que se rozaba contra su cuerpo más de lo debido. Lo achacó a la alta graduación de la *“Bolleke De Koninck”*.

—Bueno, Susana, ha sido una velada muy agradable. Te doy las gracias por soportarme y escucharme. Sobre estos temas, casi no tengo gente con la que hablar. Mis muchachos... están a otras cosas: el gimnasio, la preparación física, las artes marciales, tiro con armas, mujeres, etc. No me entenderían, aunque pronto ellos mismos se darán cuenta de todo. Dime dónde vives y te llevo hasta el portal.

—En Doctor Fleming, no sé si lo

conoces. Está en el centro —dijo ella.

—Claro. Conozco bien el callejero de Madrid. Es vital para mí conocer cada calle de la ciudad donde trabajo.

Víctor eligió una ruta extraña para Susana. Pensaba que tardaría más de lo previsto, pero fue justo al contrario. Un trayecto que no podía bajar de quince minutos, él lo hizo en nueve.

—Vaya, de taxista no tendrías competencia. Tienes calculados los semáforos, se iban abriendo todos cuando llegábamos. No creo que haya sido casualidad porque han sido más de diez y en todos ha pasado lo mismo —dijo Susana.

—Por la noche tienen otro régimen, pero

sí, me los sé todos. Es parte de mi trabajo. Calcular el tiempo. Había calculado ocho minutos y cuarenta segundos, pero he tardado siete segundos más porque he circulado más despacio de lo habitual.

—Bueno, Víctor. Gracias por la cena. Estaba todo riquísimo y el sitio me parece todo un descubrimiento. Me gustaría volver alguna vez. Aunque la cerveza es demasiado fuerte, todavía me da vueltas la cabeza.

—Sí, tiene fuerza ese brebaje flamenco. Para mí ha sido un placer compartir dos horas con una mujer tan bella y simpática.

Él se bajó del vehículo y le abrió la

puerta a Susana. Después, sacó las flores del asiento de atrás y se las dio. Susana las olió una vez más y sonrió. Miró a Víctor. Él la miró a ella. Así estuvieron más de un minuto.

Finalmente, Susana se acercó a Víctor y le dio un beso en la mejilla, pero muy cerca de los labios. Tan cerca que a él le pareció que le había besado en la boca. Todos sus instintos masculinos despertaron salvajemente. Acostumbrado a contenerse, pudo resistir ese asalto de sus hormonas.

Susana, como mujer que era, notó perfectamente que él quería besarla y que se estaba conteniendo. Derribado el primer muro, pasó al ataque con

catapulta.

—Víctor, lo cierto es que me gustaría seguir hablando un poco más contigo. Me han sabido a poco las dos horas en el restaurante. ¿Te apetece subir y tomamos una última copa? Tengo un coñac muy bueno que me regalaron en el aguinaldo de Navidad. No entiendo mucho, pero creo que es de los mejores.

—Quiero subir, Susana, por supuesto que quiero. Pero sé que no debería. Vamos a complicar las cosas.

—No seas negativo, hombre. Qué complicar ni complicar...

—*Takaya vot zhizñ* —dijo él en ruso en un susurro prácticamente inaudible.

—¿Perdona? No te he entendido ni jota.
¿Eso era ruso?

—¿Qué? Ah, sí, sí. A veces se me escapan frases en ruso cuando hablo con españoles.

—¿Puedo preguntar qué significa?

—Bueno, nada, es una frase sin importancia. Más o menos significa: “*así es la vida*”.

—Hmm —suspiró ella.

La casa de Susana era amplia, tenía un gran salón central y tres habitaciones de buen tamaño. Estaba decorada con estilo minimalista, predominando los colores blanco y negro, con algunos toques de rojo en lámparas, cortinas, etc.

—Me gusta tu casa, Susana. Es muy acogedora. Se está bien nada más entrar —comentó él—. Con las casas me sucede algo curioso. En cuanto traspaso el umbral, noto una energía y de inmediato me siento o muy bien, como es el caso, o francamente mal y necesito salir de ella cuanto antes. En algunas otras, muy pocas, no noto nada, pero son casi excepción. ¿Te ocurre a ti algo similar?

—Bueno, no tanto como a ti, quizá, pero sí. Es cierto que hay casas que tienen algo, que se está bien en ellas y apetece volver. Aunque yo suelo achacarlo a los dueños, según sean ellos. He estado en casas muy muy feas, incómodas, pero me

he sentido a gusto por la calidez de los inquilinos.

—Pues al entrar a tu casa he notado algo similar a lo que sentía cuando entraba en mi domicilio de Krasnoyáorsk, en Siberia. Soy de allí. Incluso diría que huele de forma parecida, no igual, pero hay algo que me la recuerda mucho.

Susana notó que esa sensación era importante para aquel hombre que empezaba a mostrarse extraordinario en algunos aspectos. De un rudo ex militar, héroe de guerra, tipo duro encargado de la seguridad de millonarios rusos no esperaba ella esta sorprendente sensibilidad.

—Recuerda que no querías venir. Me ha

costado un poco convencerte. Entonces, he acertado trayéndote —expuso Susana, encantada de que su casa hubiese provocado tal muestra de bienestar.

—Sí, es extraño. Me siento así porque tú tienes esta energía positiva como para que yo la perciba, no lo dudes —dijo Víctor.

—Bueno, pues siéntete libre de mirar todo, entra donde quieras. Si me disculpas, te dejo un segundo. Ahora vuelvo —dijo ella.

—Sí, sí, te espero aquí, sentado en este bonito diván.

Susana volvió en cinco minutos. Una nueva sorpresa la esperaba. Víctor estaba leyendo un libro. Pero ¿por qué

un militar no va a poder leer? Qué prejuicios más tontos tengo a veces...

—Víctor, ¿te gustan los libros?

—Los libros no solo me gustan, es más que eso. La lectura ha salvado mi vida. Desde que murió mi Sveta (diminutivo de Svetlana) me he refugiado en ella. Antes leía, sí, pero tampoco demasiado. Ahora me he vuelto un fanático empedernido. Tienes una buena biblioteca.

—Sí, muchos son de mi padre. Él era catedrático de filosofía en la universidad. Por eso hay tanta filosofía, no te asustes. Bueno, vosotros los rusos no sé, pero aquí, en España, se me asustan mucho en cuanto ven los títulos.

No es un país donde guste demasiado pensar. Eso dice siempre mi padre.

—Ese mal no es solo de España, Susana, créeme. Pero es posible que vosotros lo tengáis aún más acentuado porque la cantidad de fiestas continuas, el volumen de la música, los ruidos, no os dejan un minuto a solas en tranquilidad. Es que es difícil poder pensar aquí, como no te vayas al campo o a algún sitio apartado.

—Me ha llamado mucho la atención el título de este libro, por eso lo he cogido. “*Frente a la Gran Mentira*”. Invita a leerlo, con un título así. Me imagino cuál será la mentira, pero me gustaría leerlo —explicó él.

—Ese libro es una maravilla. Es de un abogado prestigioso y muy famoso que luchó, en su día, contra Franco y ahora lucha contra la oligarquía actual española. Se llama Antonio García Trevijano. Te lo recomiendo. Pocos escriben así, como él. Cada frase es un mazazo en la conciencia. Es triste ir leyéndolo y darte cuenta de que tenía razón en todo y se ha ido cumpliendo lo que vaticinó.

>>>Lo escribió en 1996, pero sigue siendo actual. Ese hombre ve como nadie los problemas que aquejan a España. Llévatelo, por favor. Léelo con calma y ya me lo devolverás. No suelo dejar libros a nadie porque los libros

son muy señoritos y tienen su orgullo. Si los prestas, ya no volverán a ti. Pero sé que esta vez volverá.

—Gracias, Susana. Voy a leerlo, desde luego. En unos días te lo devuelvo.

Susana se sentó en el diván, bastante cerca de Víctor. Él seguía hojeando el libro. A ella le pareció que se sentía un poco violento por la situación. Se aferraba al libro para tener algo en qué ocupar las manos y, sobre todo, la mirada. Ella había salido del baño sin la chaqueta que llevaba por la tarde.

La blusa blanca, muy ajustada, marcaba mucho los grandísimos pechos y parecía que los botones iba a estallar de un momento a otro, incapaces de resistir

por más tiempo el ansia de libertad de esos turbadores órganos.

—Entonces, Víctor, ¿saco ese coñac? ¿Te apetece?

—Bueno, ponme una copita, sí, gracias.

Susana se levantó y abrió un armario que estaba justo enfrente del diván. Víctor pudo apreciar la perfección de los glúteos redondos y firmes de Susana.

En el baño, Susana se había cambiado de pantalones. Ahora llevaba un pantalón de chándal ajustado y a Víctor le pareció que era el mejor culo que había visto en toda su vida. Esa chica lo estaba torturando sin piedad.

Sirvió el coñac y le llevó una copa a

Víctor. Brindaron.

—Por nosotros, Susana. Por este momento único —dijo él en voz bastante alta.

—Sí, por nosotros. ¡Salud!

—*Na zdorovie!* —dijo Víctor en su idioma materno.

Víctor paladeó el coñac despacio. Aunque no era un experto, le pareció que era un producto de altísima calidad.

—Este coñac es excelente. Tenías razón, te han regalado uno muy bueno.

—A mí me sabe fortísimo, pero si tú lo dices... —confesó ella haciendo todo tipo de muecas con la cara tras tragar el primer sorbo.

—Tienes que paladearlo y no tragarlo deprisa. Tenlo en la boca, despacio, y ve tragando sorbos pequeños. Huélelo. Tiene un aroma en verdad magnífico — recomendó él.

Susana volvió al diván y se sentó a una respetable distancia de Víctor. Cuando acabaron la copa, Víctor se levantó.

—Bueno, Susana. Creo que debo irme ya. Muchas gracias por la invitación. Lo he pasado muy bien. Mejor de lo que esperaba, en realidad. Eres una mujer que sabe escuchar, y eso es muy importante.

—De acuerdo. Me gustaría que nos viéramos alguna vez, si te es posible — dijo ella.

—No va a ser muy a menudo, debido a mi horario en casa de Román. Además, lo acompaño en todos sus desplazamientos, que no son pocos. Pero sí, cuando esté en Madrid y tenga aunque sea dos horas libres, te llamo.

Susana lo acompañó hasta la puerta. No se atrevió ni a darle dos besos de buenas noches. La despedida le pareció, a ella, demasiado fría y decepcionante. Lo había pasado muy bien con ese hombre, pero parecía que podría no haber una segunda vez. Resignada, se desnudó y se fue directa a la cama.

Víctor arrancó el coche y, en ese instante, recordó que se había olvidado el libro de Trevijano. Era una buena

excusa para volver.

Chto dyélat'? ¿Qué hacer? En su profesión no tenía dudas jamás, pero ahora, con esa chica del diablo, tan condenadamente atractiva, tan simpática y encantadora... La tentación era irresistible. Si no subía, se arrepentiría toda la noche y no conciliaría el sueño. Pero si subía... Si subía, tardaría en bajar.

Un hombre de acción no puede quedarse meditando mucho tiempo. Salió del vehículo y llamó al timbre del telefonillo automático. Se había fijado bien en el piso y la letra. 10º F.

—¿Sí?

—Susana, soy yo, Víctor.

—¿Quién?

—Víctor, hemos cenado juntos. Ya has olvidado mi nombre entonces...

—Era broma, hombre. ¿Estás bien? ¿Pasa algo con el coche?

—No, no, todo correcto. Es que, perdona, pero he olvidado el libro. Si no es mucha molestia, puedo subir y recogerlo.

—Anda, es verdad, el libro que leías. Sube, claro.

Susana abrió la puerta vestida con una camiseta que le tapaba solo el inicio de los muslos. Estaba descalza. Tenía el libro preparado en la mano.

—No te olvides de devolvérmelo. Este

libro es especial. Don Antonio me lo firmó de su puño y letra.

—Sí, descuida. Nunca me he quedado con nada que no sea mío. Gracias. Buenas noches.

Cuando Susana cerraba la puerta, Víctor metió la punta del pie para impedir su total cierre.

—Si me voy ahora, sé que no volveremos a vernos —dijo Víctor—. Me conozco bien.

—Ese pie me dice que no quieres irte, ¿verdad?

—No, no quiero. Pero necesito saber una cosa, Susana. Sé sincera. No puedo entrar más aquí sin saber esto. ¿Hay

alguien en tu vida?

—No hay nadie, Víctor. Llevo unos cuantos meses sola. Tuve novio muchos años, pero todo acabó. En ese sentido, no debes preocuparte.

Susana abrió la puerta para dejarle pasar. El frío que entraba desde el descansillo había puesto sus pezones erectos. No llevaba sujetador y Víctor se deleitó con la visión de unos pechos como aquellos, tersos, jóvenes y libres.

Entró y se quedó mirando a la chica fijamente.

—Pobre niña, me he ido, te has acostado y después, te he sacado de la cama. Permíteme que te lleve a ella en brazos. Estás cansada.

Sin pronunciar una palabra más, cogió a Susana en sus brazos y la llevó al dormitorio, donde la cama estaba abierta. La tendió con suavidad y la tapó.

—Víctor, acuéstate aquí, a mi lado. Quédate a dormir. A los dos nos apetece. No tenemos que rendir cuentas a nadie.

—Claro. Pensaba hacerlo. Quiero dormir contigo. Estoy cansado, Susana, cansado de mi soledad, de todos mis recuerdos. Cansado de sufrir. No he podido evitarlo. He tenido que subir. Si me hubiera llevado el libro, habría encontrado cualquier otra excusa. Era inevitable. Tú y yo, hoy, esta noche,

estamos juntos y lo estuvimos siempre.

>>No sé si me explico. Si los dos lo sabíamos, si los dos sabíamos que, irremediablemente, tenía que ocurrir así, quizá sea porque esto ya ha ocurrido o estamos volviendo a revivirlo. Es todo muy extraño. La vida es extraña pero, a veces, como hoy, maravillosamente incomprensible, lo confieso.

Víctor se quitó el traje y la camisa y se tumbó en la cama, en calzoncillos. Susana lo abrazó y apoyó la cabeza en el fuerte y musculoso pecho del ruso. No era un hombre muy alto, medía un metro y setenta y seis centímetros, pero parecía medir más de metro ochenta.

Era delgado, pero sus músculos tenían

tanta potencia y estaban tan marcados que resultaba extraño considerarlo delgado. Tenía cicatrices de bala y de cuchilladas por todo el cuerpo. En la espalda tenía las cicatrices redondas y estrelladas de cuatro disparos. Una enorme cicatriz le cruzaba el pecho entero, desde la clavícula hasta casi el ombligo. Fue un certero tajo de un afgano, en una refriega de la guerra.

Todos los médicos le dijeron que con una herida así, habiendo perdido tal cantidad de sangre, ningún ser humano habría podido sobrevivir. Pero Víctor era, ante todo, un superviviente. Su naturaleza luchaba por vivir y siempre ganaba la batalla.

Susana observó ese mapa de cicatrices y se estremeció. ¿Qué clase de hombre se acababa de meter en su cama? Un hombre que la atraía como un imán atrae al hierro.

El cuerpo de Víctor desprendía un aroma muy agradable; no olía ni a desodorante, ni a colonia ni a ningún tipo de crema conocida. Era más bien como olor a campo en primavera, un leve olor a hierbas, a heno, le pareció a Susana.

Ella estaba en tanga y tapada solo con esa ajustada camiseta que le marcaba tanto los pechos. Víctor miraba al techo y le acariciaba a ella la cabeza. Le tocaba los lóbulos de las orejas, le

masajeaba con delicadeza el cuello con la yema de los dedos. Susana cerró los ojos y se dejó llevar por la placentera sensación que la invadía.

Víctor tardó en tocarla más abajo. Finalmente, cuando ya se dormía, su mano bajó del cuello y agarró el hombro de Susana. Dudó un segundo y, de inmediato, la agarró de la cadera. La misma mano se introdujo por debajo de la camiseta y comenzó su ascenso, hasta detenerse en la parte de abajo del pecho de ella. Lo acarició levemente y lo atrapó con su mano; no todo puesto que el pecho de Susana era casi inabarcable. Ella gimió y cerró los ojos. Víctor abandonó la posición yacente y se puso

de rodillas, le levantó por entero la prenda y dejó las dos maravillas de la naturaleza que eran los senos de Susana al descubierto. Víctor sonrió casi inconscientemente, como un niño. Los grandísimos senos eran turgentes y firmes. Los pezones, para el tamaño de los pechos, eran más bien pequeños, rosados, muy suaves.

Él comenzó a besarla el ombligo y fue ascendiendo con la boca hasta el fino canal de los pechos. Agarró uno de ellos con la mano y chupó su pezón, regodeándose con su textura y sabor. A Víctor le pareció que sabía a las cerezas de Crimea que comía de pequeño en la dacha de su abuela, en Gurzuf. Esa

pequeña villa forma parte del municipio de Yalta. Fue allí donde el gran Antón Pávlovich Chéjov tenía una dacha de verano, junto al mar. Todo en Susana le recordaba a su Rusia, su amada y desgraciada patria.

No entendía por qué, pero al besar su piel le llovieron recuerdos que creía olvidados para siempre. Su abuela, las cerezas de aquel viejo árbol que daba unos frutos que eran la envidia del vecindario, año tras año. El *kvas* (popular bebida fría hecha a base de harina de centeno, de color marrón oscuro) frío que le servía su madre cuando se cansaba de correr con sus amigos. Aún no la había besado, pero

seguro que sus labios, su saliva y su lengua le traían algún otro recuerdo.

Susana no había disfrutado jamás de una sensación como aquella. Era como si Víctor fuera la encarnación de todos sus secretos deseos sexuales hechos realidad. Así era como se imaginaba al hombre perfecto: fuerte, duro, seguro de sí, pero exageradamente delicado a la hora de amar, paciente, generoso. Más de media hora se entretuvo Víctor alrededor del tronco de Susana. Al fin, bajó hacia el tanga y la giró, para acariciarle el culo sin prisa, a placer.

¡Qué cuerpo el de esta muchacha! Qué barbaridad. Pintores y escultores de todo el mundo deberían estar haciendo

cola tras esa puerta para poder plasmarlo en lienzo, piedra o metal. Los glúteos eran redondos y altos, con la parte media muy salida hacia afuera. Un culo respingón que invitaba a hacer locuras.

Lo besó y acarició, lo mordió y lo volvió a morder. Pasó su lengua por todos sus poros, sin dejarse uno solo. El culo de Susana le sabía a las manzanas maduras de la dacha de Svetlana, situada al norte del mar Caspio, en Ástrajan, más conocida en España como Astracán. Si esto seguía así, pensó, se comería a la chica como un caníbal, sin darse cuenta.

Teniéndola así tumbada, boca abajo,

descendió con la boca hasta sus labios vaginales y los chupó ansioso, apretando después su clítoris con la lengua, dando lametones. Susana se terminó corriendo, incapaz de soportar tal placer. Nunca le habían chupado esa parte de su anatomía.

Se corrió entre fuertes estertores que excitaron aún más a Víctor. Susana se incorporó y lo besó en los labios. Era su primer beso. Él tenía aún el salado sabor de sus flujos vaginales. Se apretó mucho contra el cuerpo de él, sintiendo que un pobre personaje pugnaba por salir de su cárcel, tenso como cuerda de guitarra.

Ella le bajó el calzoncillo y no pudo

dejar de admirarse del descomunal tamaño de ese bicho. Era largo y anchísimo.

Susana empujó a Víctor para que se tumbara y relajara. Se la agarró fuerte con las dos manos y la apretó. Le gustó sentir en las manos una polla tan dura como esa. Parecía de acero. Después se inclinó y se la metió en la boca. No le cupo entera, pero sí tres cuartas partes.

Notó la ansiedad de él y decidió que era hora de pasar a otros juegos. Susana se giró y, dándole la espalda, se sentó sobre su pene y, con algunos esfuerzos, consiguió que la punta entrara en su vagina. Después, cabalgó como una amazona desbocada. Víctor empujaba

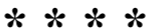
fuerte y ella saltaba sobre la cama. La potencia de ese hombre, con casi sesenta años, era descomunal.

A los diez minutos estaba agotada, pero no podía parar. Se sentía, al fin, llena, follada de verdad, como siempre soñó. Víctor se corrió tras una dura cabalgada que dejó a Susana exhausta. Parecía que él pretendía seguir, pero Susana no tenía fuerzas para más.

No estaba acostumbrada a un ritmo tan fuerte. Necesitaba un pequeño descanso. Se tumbó junto al cuerpo de él y lo abrazó. A los diez minutos se quedó dormida, con una sonrisa en la boca.

Duerme, gacelilla, duerme tranquila. A mi lado estás segura y lo estarás

siempre.



Susana se despertó con la cabeza sobre el pecho de Víctor. Él la estaba acariciando los brazos y los hombros. Le sonrió y lo besó en la boca. Había dormido muy bien. ¿Qué hora sería?

—Víctor, es muy tarde, supongo. Estaba tan cansada...

—No, no es muy tarde. Son solo las ocho y media. ¿Nos levantamos?

—Sí, si este va a ser nuestro día juntos, tenemos que aprovecharlo al máximo —

dijo ella.

—Bueno, vamos a desayunar —dijo Víctor.

—En unos minutos te preparo algo. Déjame unos minutos para ducharme antes —apuntó Susana.

—El desayuno ya está listo. Mejor lo tomamos ya, para que no se enfríe. He preparado café, unos bocadillos, tortillas y algunas cosas más —anunció Víctor.

—Pero ¿cuándo? ¿Te has levantado, has vuelto a la cama y no he notado nada?

—inquirió ella, muy sorprendida.

—Soy silencioso, mi pequeña gacela. El sigilo es parte fundamental de mi vida.

Para hacer ruido tendría que hacerlo a propósito y, ¿para qué? Dormías bien, estabas a gusto. ¿Para qué levantarme con ruido y despertarte? Es mejor así.

—Bueno, pues entonces, vamos a desayunar —exclamó Susana, feliz de que un hombre le preparara, por primera vez en su vida, el desayuno.

—No, no, vamos a desayunar aquí, yo lo traigo todo. No te muevas —dijo él.

—Bueno, el desayuno a la cama... Me he debido de convertir en una princesa o algo así. Víctor, sé que casi no nos conocemos, pero a tu lado me siento como nunca en toda mi vida: feliz, satisfecha, tranquila, confiada. Eres el hombre que siempre he estado buscando,

pero pensé que no existía, que eran cuentos de películas

—Susana, no me idealices, por favor. Soy normal. No soy un príncipe azul ni pretendo serlo. Nos hemos gustado mucho, eso es todo. Hay química entre nosotros, química sexual y química de otro tipo, a otro nivel superior.

—Me gustaría que lo de anoche no fuera una aventura para ti. Para mí no lo ha sido. Quiero estar contigo —dijo ella.

—No, no es ninguna aventura. Ya te dije en la puerta, cuando volví a por el libro, que necesitaba saber si estás sola. Estaremos juntos. Lo malo es que no podemos estar así cada día, Susana. Mi trabajo es difícil y no es habitual. A

veces puedo estar fuera dos o tres semanas.

—Víctor, no me importa con qué frecuencia nos veamos. Lo que quiero es tener la sensación de que alguien piensa en mí, que quiere estar conmigo, aunque no siempre se pueda. Mi horario tampoco es ninguna maravilla, así que nos veremos cuando sea posible.

—Susana, si los dos estamos así, con estas ganas de ahora, perfecto. Seguiremos juntos. En cuanto no suceda así, y alguno, o ambos, sintamos aburrimiento o que no tiene sentido, cada uno que siga por su camino. ¿Estás de acuerdo?

—Sí —contestó ella.

—¿Qué quieres que hagamos hoy?
¿Adónde te apetece ir?

—Fíjate qué día hace. Está lloviendo, hay viento... No me apetece mucho salir. El día es desapacible —comentó ella—. Hace frío.

—Desapacible dices. Frío. Los españoles no tenéis ni idea de lo que es el frío verdadero. Si ni siquiera llegáis a cero grados, siempre estáis por encima. Al menos en Madrid. Y en el sur, mucho peor aún. Si alguna vez bajan de doce o trece, ya se ponen bufanda y guantes. ¡Es de risa!

—Claro, a un ruso no le vamos a explicar lo que es el frío, supongo —dijo Susana.

—Mira, yo soy de Siberia. Viví muchos años en Krasnoyarsk. No sé si habrás oído hablar de esta región.

—Me sonaba más Krasnodar, o algo así, y creía que estaba en el sur, no en Siberia —dudó ella.

—Es que también existe Krasnodar. Muy bien. Krasnodar tiene otro clima. Está muy cerca del mar Negro. Bueno, pues hay región de Krasnoyarsk y luego está la capital, también llamada Krasnoyarsk. En realidad nací en una ciudad industrial de esta grandísima provincia, la segunda más grande de toda la Federación Rusa después de Sajá, más conocida como Yakutia.

—¿En cuál?

—En Norilsk. Está al norte del *krai* de Krasnoyarsk. Krai es lo que vosotros llamaríais región. En invierno he llegado a vivir 60 grados bajo cero, cuando era niño. Es habitual llegar a los 50 casi todos los inviernos.

—¡¡¡Cincuenta grados bajo cero!!! Esa es la temperatura que hay en la atmósfera a nueve mil metros de altitud. Al menos eso dicen en los aviones. Yo pensaba que quince, o incluso veinte, era el límite. Pero entonces, hace igual que en el Ártico.

—Bueno, casi casi, sí. Por eso te digo que hoy hace un buen día, Susana. Para mí, no hace nada de frío.

—Yo, que soy gaditana, voy a Norilsk y

no llego ni al hotel, me congeló como un pajarito ya en el aeropuerto.

—Te gustaría Siberia. Los paisajes son magníficos, la tierra, casi toda ella, es virgen, salvo los enclaves urbanos industriales, claro, los más contaminados del mundo. Solo viví allí hasta los nueve años, pero respiré tanta contaminación que creo que mis pulmones ya pueden resistirlo todo.

—No tendréis verano, supongo —dijo Susana.

—¿Cómo que no? No es muy largo, es cierto, pero hay verano. Llegamos a los treinta a veces. Hace calor. La diferencia entre invierno y verano puede ser de 75°, incluso de 80° dependiendo

de las zonas.

—Yo me quedo en España, gracias. Madrid me parece una ciudad fría y lluviosa, no te digo más. En mi Cádiz natal siempre hay sol, casi todos los días del año.

—Me gusta mucho vuestro sol español. Es lo que más echamos de menos los rusos, ese bendito sol.

La pareja terminó de desayunar y Víctor recogió los platos y los llevó a la cocina.

Cuando volvió, Susana lo esperaba tumbada con un sexy conjunto de ropa interior roja, con ligas negras.

—Vaya, menuda sorpresa —exclamó él.

—Ayer me pillaste con una camiseta vieja. Quería estar más guapa. Y también estaba cansada. Siento que te quedaste con las ganas. A mí me agotaste, pero tú podías seguir. Ahora estoy fresca y descansada, siberiano. Si gustas...

Víctor se quitó la camisa y el calzoncillo en dos segundos. La visión del provocador cuerpo de Susana lo excitó sobremanera. Le dio pena quitarle tan pronto ese bonito sujetador y esa especie de pantaloncillo —tanga, o lo que fuera que se ponían estas chicas de hoy. Le gustaba verla así, con lo más importante tapado. De momento.

Susana era mucho más activa

sexualmente por la mañana. Él percibió la diferencia respecto a la noche pasada. Se tumbó junto a ella con una erección que le sorprendió incluso a él mismo. La tenía tan dura y grande que casi le dolía. A Susana le encantó verla así. Se acercó con la boca a ella y se la lamió. Le chupó los testículos, acto que le provocó a Víctor un deseo irresistible de penetrarla... Paciencia, se dijo, paciencia.

—Quiero que te corras en mi boca, Víctor. Lo deseo. De verdad. Me apetece.

Susana se aplicó a la felación, pero no conseguía que él se corriera. Se la agarró fuerte con las manos y lo

masturbó al tiempo que chupaba. Al final, logró la ansiada eyaculación del ruso. Cuando se corrió, la agarró del pelo y tiró tan fuerte que le hizo ver las estrellas, pero resistió. Ese hombre no era consciente de su propia fuerza muscular.

Unos minutos más tarde, sin muchos preliminares, Víctor ya cabalgaba —que era justo lo que anhelaba hacer —sobre Susana. La había puesto a cuatro patas y él estaba de rodillas detrás de ella. Poco a poco, a fuerza de brutales embestidas, el cuerpo de él fue cayendo sobre el de ella, el cual, no pudiendo resistir su gran fuerza, acabó cediendo y terminaron ambos tumbados. Entre bufidos y

gemidos, Víctor se corrió dentro de ella, al mismo tiempo que ella terminaba su larguísimo orgasmo.

Dejó de llover e incluso salió un poco el sol. Decidieron pasear un poco. Fueron al madrileño parque de El Retiro. Alquilieron una barca de remos. Víctor remaba y remaba mientras miraba a Susana, arrobado. Se estaba enamorando de esa joven y no podía evitarlo.

Susana lo miraba también y, de vez en cuando, echaba un vistazo a su alrededor, disfrutando de aquel día que le había parecido tan gris y frío y que ahora era uno de los mejores días de toda su vida. Por las paladas de Víctor, ella notó que él había remado muchas

veces, y no precisamente paseando chicas.

La barca avanzaba a una velocidad colosal. Al principio no lo percibió, pero en cuanto tuvo dos o tres barcas cerca para comparar la velocidad, se dio cuenta de que la de ellos iba al triple de velocidad. Víctor habría sido un regatista colosal, un piragüista de medalla de oro en los Juegos Olímpicos.

—Víctor, ¡qué ritmo llevas! ¿No te cansas?

—No, mi gacela. No solo no me canso sino que estoy disfrutando. Necesito hacer ejercicio a diario. Si no, como ya tengo una edad, mis huesos se resienten. Creo que solo estaré en buena forma si

continúo haciéndolo. En cuanto pare y me acomode en una silla, envejeceré los años que me toca envejecer y moriré. En serio, siempre me ha gustado el ejercicio físico intenso. Me gusta mucho remar.

—Te lo iba a decir; se nota que estás disfrutando. Vamos muy deprisa pero la barca no se mueve, no vamos a tirones, como alguna otra vez que he probado. Habrías sido un gran remero —dijo ella.

—Sí, me lo dijo mucha gente. Pero mira, yo remo cuando y donde me apetece. No me hace falta competir contra nadie. Es posible que hubiese vencido a la mayoría, soy consciente. Pero ¿qué me habría dado eso? Aparte de agigantar el

ego, poco más. No cambio este paseo contigo por ninguna medalla ni gloria deportiva.

—Cuando te canses, paramos.

—Antes de cansarme, te aburrirías de ir en barca. Voy a volver incrementando un poco el ritmo y paseamos un poco. Ya he calentado lo suficiente.

Pronunciadas estas palabras, Víctor se quitó la americana y, en mangas de camisa, comenzó a remar a una velocidad que hizo que Susana no pudiera cerrar la boca del asombro.

El resto de paseantes pararon sus barcas y se dedicaron a contemplar a aquel hombre de mediana edad que llevaba la barca casi a la velocidad de una vieja

barca de pesca con motor. A la ida, había remado treinta minutos. Para el mismo trayecto de vuelta, solo necesitó diecinueve minutos.

—Te habrás quedado contento con semejante exhibición —exclamó Susana.

—No, mis brazos, hombros y espalda sí, pero yo no. Ya te digo que lo hago para llevar bien el resto del día. Si no hago trabajar a estos perezosos —dijo flexionando el bíceps del brazo —, se agarrotarán y me darán problemas.

Dejaron la barca y dieron un larguísimo paseo a lo largo de todo el parque.

Víctor se sintió con fuerzas para contarle a Susana la desgracia que ocurrió con Svetlana.

—Fue a finales de los noventa, los nefastos y terribles años noventa en Rusia, donde el caos, la corrupción más absoluta y los bandidos campaban a sus anchas. Formaba parte de un grupo especial de la policía. Era una brigada antimafia que trataba de luchar contra una lacra que parecía iba a ser eterna. Las bandas se mataban por las calles, a plena luz del día. Las intervenciones eran cientos, a diario.

>>Pero la cúpula de la propia brigada era más corrupta aún que la mafia. Avisaban a los mafiosos cuando íbamos a detenerlos. Los más gordos siempre escapaban. Al final, yo descubrí quién era el chivato. Era el ayudante del

comisario. Por los avisos, los bandidos le daban unos sobres más gordos que una novela de mil páginas. Se hizo millonario en unos pocos meses.

>>Como digo, lo descubrí. Fue por casualidad. Era sábado y yo iba a entrar en un bar para beber algo. Allí, en una mesa del fondo, estaba Arkády, el ayudante del comisario. Con él estaban tres de los principales capos del Moscú de la época. Salí de inmediato, confiando en que no me hubiera visto. Me escondí y vigilé la puerta del bar hasta que saliera. Primero salieron los bandidos. No esperé. Los tenía allí, a tiro. Disparé a los tres, uno detrás de otro. Los disparos alertaron a Arkády,

que salió blandiendo su arma.

>>Le disparé en la rodilla, para no matarlo. Cayó al suelo gimiendo como un niño histérico. Me dio tanta vergüenza escucharlo que casi lo remato en el sitio. Me lo llevé en el coche, para interrogarlo. Al verme allí, se asustó tanto que además de los gritos se hizo todo encima. En fin, que el coche quedó hecho un asco. Lo tuve que llevar después a un lavadero especial. Los traidores, como son siempre muy cobardes, suelen reaccionar así.

>>No lo hacía por nada especial, solo por dinero. Mucha pasta, sí, pero eso no es suficiente para traicionar a todo un grupo que se jugaba a diario la vida

contra el crimen organizado. Por eso siempre triunfaban los mafiosos, por la cantidad de traidores que tenían en nómina. Hoy en día, contra el dinero se puede hacer muy poco. Son escasísimas las personas a las que no puedes comprar con el vil metal.

—Tú eres una de ellas, estoy segura —
apuntó Susana.

—Bueno, sí. En su día pensaba que quizá no me hubieran ofrecido nunca la suma correcta, pero no se trataba de eso. Por mucho dinero que hubiera habido jamás habría traicionado a mis compañeros. Antes muerto. Y ya es muy tarde para intentar comprarme.

>>Trabajo para Román porque es un

magnífico tío, con un par de huevos como no he visto nunca y porque es de fiar. Lo haría incluso gratis, por comida y habitación. Pero además me paga. Me paga generosamente.

>>Y por culpa de ese hijo de puta, mataron a mi Sveta. Dos semanas después volaban el edificio entero de apartamentos donde vivíamos. Iban a por mí, por supuesto, pero tuve la desgracia de volver muy tarde aquella noche. El coche me salvó. Se averió en una carretera a las afueras.

>>Antes no había móviles y tuve que ir andando muchos kilómetros hasta llegar a un pueblo para avisar. Llamé al teléfono de casa, pero la línea no daba

señal. La razón es que ya no había línea. Todo reventado. Habría preferido morir con ella. Era toda mi vida. Por eso ahora, Susana, me preocupa mucho que estés conmigo.

>>Es muy peligroso, ¿entiendes? Es cierto que esto no son los noventa y que no estamos en Rusia, pero la gente más peligrosa del este de Europa sí está aquí, en toda la costa española y en Madrid. No podría soportar que ocurriese otra vez. Este tema me tiene muy preocupado.

—Víctor, sé lo que eres. Para mí eres un héroe, y no como los de las películas, que saltan diez metros, y hacen cosas imposibles. Un héroe real, que se juega

su vida para salvar las de los demás. Haya o no haya peligro para mí, yo quiero estar a tu lado. Siento que eres el HOMBRE, así, con mayúsculas. Y he tenido la suerte de que quieres estar conmigo aunque sea una mujer aún inexperta en la vida.

—Pueden ocurrirte cosas desagradables —dijo él—. Por ejemplo, que un día me detengan y tú pases a ser cómplice o colaboradora de lo que ellos llaman crimen organizado.

>>Organizados estamos, por supuesto que sí, pero ninguno de nosotros somos criminales. Las acciones que llevamos a cabo son más de logística y de espionaje industrial además de financiero. De vez

en cuando hay operaciones contra personas.

>>Pero créeme cuando te digo que es ralea de la peor y que el mundo es un poco mejor cuando los eliminamos. Tienes el ejemplo del hotel. ¿Piensas que haber dejado vivos a aquellos asesinos habría arreglado algo? Ahora estarían fuera preparando una nueva operación más grande.

>>Son asesinos del poder más alto. Sus operaciones las preparan cuidadosamente. Ya se ha corrido la voz, entre sus círculos, de que fui yo el que evitó una tragedia mayor. Pero como sí hubo muertos y muchos heridos, sus ansias de sangre se vieron, en cierto

modo, satisfechas. Es todo muy complicado, gacela, y no quiero meterte en este mundo.

Víctor calló y el silencio denso se prolongó unos minutos.

—Para continuar juntos, Susana — prosiguió él —, tengo que dejar este trabajo y tendremos que buscar un lugar más tranquilo, donde no me conozca nadie. En cualquier sitio de Asia. No quiero pedirte ningún sacrificio; ¿quién soy yo para eso? Pero esta es mi decisión. Si quieres venir conmigo e intentar una nueva vida, en unos días estaré listo. Nada me complacería más.

—Víctor, ¿por qué esta decisión ahora, tan repentina?

—No es repentina. He estado toda la noche pensando, apenas he dormido. Podría estar junto a ti el resto de mi vida. Me gustas mucho y hay algo en ti que me dice que eres la única mujer con la que podría estar. Pero no así. No aquí, ni en estas condiciones.

>>No te estoy diciendo que debas contestar ahora, ni mañana. Es una decisión difícil y que te costará tiempo. Tienes todo el que necesites. Sin ti no voy a ninguna parte. Estaré aquí, en Madrid. Y ahora, debo irme ya. Por la noche ha surgido una visita importante y debo organizar todo. Te llevo a casa.

—Pero creí que tenías todo el día libre
—alegó ella.

—Lo tenía, gacela, lo tenía. Ya ves lo que ocurre con este dichoso trabajo. Puedo dejar a mi segundo al mando, pero si ocurre algo, no podría perdonármelo. Aún tiene que aprender mucho ese joven.



Las semanas transcurrían lentas para Susana. Víctor no había podido quedar con ella ni un solo día más. Tras su paseo por El Retiro, se había ido de viaje con Román a Rusia y estuvieron allí diez días. Después a Japón, otros seis, y ahora estaba en la Costa del Sol,

en Puerto Banús.

Se dio cuenta de que ese hombre no hablaba por hablar. Cada palabra que pronunciaba adquiría un sentido profundo. Se lo había dicho bien claro mientras paseaban. Y ella, como una tonta, no había sido capaz de decirle, ese mismo día, o al día siguiente, que sí, que se iba con él, que lo dejaba todo.

Ahora le daba vergüenza, se sentía como una cobarde. Había tenido miedo. Miedo de dejar su empleo, de perder la popularidad, de dejar el embrujo de la cámara. Miedo a sí misma. Su trabajo empezaba a asquearla. No era capaz de escribirle ni una línea. Tampoco lo llamaba. Él la llamó tres días después

interesándose por ella. Susana le dijo que tenía un directo en unos minutos y la conversación se terminó de mala manera.

En este caso, no se podía decir que la relación se hubiera enfriado, porque no había habido relación. Una noche y unas horas de paseo al día siguiente no eran, para Susana, una relación. Pero no podía dejar de pensar en ese hombre. Cada día cogía el teléfono y empezaba un mensaje. Distinto cada vez, pero siempre el mismo en el fondo.

Querido Víctor, he decidido irme contigo. Te espero en el aeropuerto. Tuya, Susana.

Mi querido siberiano. ¡Vámonos!

Tienes razón, hay que escapar de esta rutina, de este mundo que no nos deja tiempo para nosotros. Te quiero.

Escribió muchos mensajes de este calado, pero acabó borrándolos todos. Pensaba que él no iría porque había escrito tarde. O que le pillaría en uno de sus viajes, o que sería una molestia para él. Ya no sabía qué hacer. Él había dejado la decisión en sus manos.

Estaba segura de que un hombre así, si decía algo, lo cumplía. Se iría con ella al fin del mundo. Lo sentía así. El problema era ella misma. ¿Qué se lo impedía? Al lado de este hombre estaría segura toda la vida. No habrá otro como él.



En la redacción de Cadena 7, el director de informativos, Roberto Canosa, llamó a su despacho a su presentadora estrella, Susana Estévez.

—Buenos días, Susana. Pasa y siéntate —dijo Roberto.

—Hola, Roberto. Tú dirás.

—¿Qué tal estás? Dime, con sinceridad: ¿te ocurre algo?

—¿Por qué me preguntas esto?

—Últimamente te noto distinta. Estás tristonra, como ausente. Dirás que no es

cosa mía cómo te sientas, pero si una presentadora, que puede ser pronto líder de audiencia superando a las cadenas generalistas, ha cambiado su modo de ser y eso afecta a su salida en cámara, entonces sí es, y mucho, asunto que me incumba.

—Creo que estoy trabajando como siempre. No ocurre nada. No puedo decir otra cosa. Si no deseas nada más, me retiro, con tu permiso —dijo ella.

—Un momento, Susana. No te he llamado para hablar treinta segundos. Quería decirte que has venido haciendo, en los últimos meses, un sensacional trabajo. Los espectadores te adoran. Hablas muy claro, a una velocidad ideal

para salir en televisión.

>>No te aceleras nunca, jamás te confundes. No has tenido un solo error. Es algo casi inconcebible. Tengo mucha experiencia y sé que eres un diamante que está casi pulido. Mira, te seré claro. Te vamos a ofrecer un nuevo contrato.

>>Vas a seguir con informativos, pero te vas a encargar también del programa de debate de los jueves por la noche. Vas a ser la presentadora. Es nuestro programa estrella, lo sabes. Confío en ti ciegamente.

—Pero, Roberto, un momento, espera. ¿Qué va a pasar con César? ¿Lo echáis?

—César va a seguir, pero se va a encargar de otros temas. La audiencia ha

ido a menos. Empezó muy bien, pero se ha hecho monótono. Le falta frescura, no sé qué es, pero ya no funciona como antes.

—Y yo seré la sustituta hasta que te parezca que me he vuelto aburrida también, supongo —dijo Susana.

—¿Cómo te atreves a cuestionar mis decisiones? Te recuerdo que soy el director de la cadena. No voy a aceptar insinuaciones de este calibre. A lo mejor me he equivocado eligiéndote, Susana. Pensaba que eras más modosita e inteligente.

—Bien, ya está dicho. No voy a cuestionar nada. ¿Algo más?

—Sí, mucho más. Escucha, mujer, que te

interesa. El contrato del que te hablo es de mucho dinero. Te ofrezco cobrar cinco mil euros por cada jueves. Cada mes tiene cuatro jueves; algunos incluso cinco. Multiplica. Ahora cobras dos mil euros netos al mes. Creo que no necesito decirte más.

—Bueno, la verdad es que no me esperaba esto. Es una barbaridad de dinero. Creí que andábamos mal de liquidez. Muchos compañeros, los cámaras sobre todo, están cobrando menos de ochocientos euros al mes — dijo ella.

—A la estrella hay que cuidarla y vamos a hacer este esfuerzo por conservarla con nosotros. Sé que te están tentando

por ahí con ofertas. Nadie podrá superar esta, créeme —dijo Roberto.

—De acuerdo. ¿Dónde hay que firmar?

—preguntó ella.

—Pronto firmarás. Esta noche vamos a hablar de los detalles. He reservado una mesa para dos en un restaurante muy bueno. Ahí te explicaré con detalle el nuevo toque que le voy a dar al debate. Te va a gustar, ya lo verás. Ahora tengo que salir, es urgente. Te recojo a las nueve y media en tu casa. O en cualquier otro sitio, donde quieras.

—La verdad es que no tenía pensado salir hoy...

—Esto no es ninguna salida, Susana. Es trabajo. Pero como es tarde, en vez de

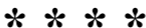
estar aquí, en la oficina, es mejor hablarlo con un buen vino y una excelente comida. Venga, es tu oportunidad. Solo tienes que agarrarla.

—Bien, a las nueve y media en mi casa, entonces. Gracias, Roberto.

—No te veo muy eufórica que digamos —dijo él.

—No te preocupes, estoy bien. Es el cansancio.

—Sí, sé que necesitas un descanso. Y lo vas a tener. Te lo aseguro.



Roberto y Susana llegaron al restaurante a las diez en punto de la noche.

El jefe de Susana tenía mesa reservada en el centro de la sala. A una mujer como Susana quería exhibirla y hacer rabiar de envidia a todos sus conocidos. Lo cierto era que ella no se había vestido como a él le habría gustado.

Llevaba un profesional conjunto de chaqueta pantalón con el que estaba elegante y guapa, pero no espectacular. No podía decir nada porque él mismo le había dicho que era trabajo. Tenía que reconocer que era una chica muy lista. Bueno, la noche no había hecho sino empezar.

En un reservado del restaurante, ocho

hombres mantenían una tensa reunión. Román, Víctor y dos de sus mejores hombres estaban sentados a la mesa con el jefe de una organización mafiosa italiana y sus tres esbirros. La consigna era ir desarmado, pero ninguno de los ocho la había cumplido.

Pequeñas pistolas y otras armas ligeras permanecían ocultas a la vista. Román exigía a Giovanni, el jefe del grupo, que abandonaran Madrid o no respondía de las consecuencias.

Giovanni, por su parte, mantenía firme la postura de que su organización se estaba expandiendo y que tenían derecho a su parte del pastel en un país tan corrompido políticamente como era

España, con unos jueces tan blandos con los delincuentes, pero tan severos con los ciudadanos que dejaran de pagar un euro de impuestos. De ese paraíso de delincuentes no tenía pensado salir Giovanni.

El italiano le estaba ofreciendo un trato a Román. Si éste le permitía establecerse y le garantizaba protección, Giovanni le daría el 35% de todos los beneficios brutos que le generasen sus actividades en Madrid. Román tenía buenos informes de Giovanni y sabía que esa táctica le funcionaba siempre, pero Román no era los demás.

—No, Giovanni. No insistas —comenzó Urálov—. No es cuestión de dinero.

Aquí las normas las dicto yo porque mando yo. Llevo muchos años y no voy a permitir que un bruto avaricioso eche todo a perder. No tienes tacto ni respetas las normas.

>>No he venido a hacer tratos, como ya te dije por teléfono, sino a avisarte de que esto es un ultimátum. Mañana debéis estar todos, vosotros cuatro y los otros dieciocho miembros de tu banda fuera de España. Fíjate bien que no digo Madrid, sino España.

>>No intentes trasladarte ni esconderte en otro lugar. Vete al país que quieras, tienes casi doscientos donde elegir. Solo hay uno donde no debes volver a poner los pies. La conversación ha terminado

Comenzó a levantarse de la mesa con lentitud.

—Un momento, Román. Un momento. De acuerdo, me habían avisado de lo duro que eras, pero no imaginaba que hasta este punto. De acuerdo. Di tu el porcentaje. Aceptaré el que sea, sin condiciones. La mitad, pues la mitad. El sesenta para ti, el cuarenta para mí.

—Creo que mi italiano es lo suficientemente bueno como para que me hayas entendido sin tener que repetir — dijo Román Urálov —. Odio repetir lo mismo cuando sé a ciencia cierta que me han comprendido a la primera. Id al aeropuerto. Quedan solo dos horas de plazo. No tenéis más.

—Román, a mí no se me amenaza. Nadie se ha atrevido a hacerlo nunca. Te concedo este honor. Lo has hecho. Ahora, con tu permiso, me voy a levantar de la mesa y vamos a salir de aquí. He intentado ser razonable, generosamente razonable diría yo.

>>Pero contigo no hay manera. No, Madrid no es tuyo. Madrid no es de nadie. Este putiferio es para el que lo trabaja. Tú estás bien instalado, me consta. No voy a molestarte ni a inmiscuirme. Tú en tu sitio y nosotros en el nuestro. No volveremos a hablar. Eso sí, ten cuidado tú también.

—Yo tengo cuidado siempre, no necesito que me lo digas tú —contestó

Román.

Víctor y sus dos hombres estaban vigilando a los tres italianos. Éstos, por su parte, estaban empezando a ponerse nerviosos. Era la primera vez que echaban del país a su jefe. Era algo inconcebible, asombroso. No habían calculado bien la información reservada que poseía Román acerca de todos ellos.

—Si pensáis que por estar en un restaurante lleno de gente, vamos a cortarnos en disparar, estáis muy confundidos —dijo Víctor—. Me importa una puta mierda cuántas personas haya en el local y quiénes sean. Estoy a punto de hacerlo.

>>Dejad las manos a la vista. Quiero

ver las ocho manos, con todos sus deditos... Así, buenos chicos. Os estabais poniendo demasiado nerviosos. Ahora vais a subir a unos coches que os van a llevar a Barajas. Allí compraréis billetes para el destino que se os antoje. Si ha quedado claro, moved las cabezas de arriba abajo.

Los cuatro italianos, ahora ya totalmente asustados y desconcertados, hicieron lo que decía Víctor. En ese momento, una bala entró en cada una de las frentes de los italianos. Román disparó a Giovanni, y Víctor y sus dos hombres al italiano que tenían enfrente, respectivamente.

Sus minipistolas con silenciador era la

última maravilla tecnológica que habían fabricado para Román unos científicos chinos. Eran silenciosas como plumas al aire. Los rusos se apresuraron a agarrar los cuerpos —ya cadáveres— de los italianos antes de que formaran un estrépito con la caída. Consiguieron agarrarlos a todos al vuelo, cuando se caían de las sillas.

Los cuatro hombres salían del local cuando Víctor vio, en una de las mesas centrales, la figura inconfundible de Susana. Ella lo había visto a él. Se levantó para saludarlo, pero Víctor siguió el camino hacia la puerta sin volverse. No había tiempo para sentimentalismos.

No necesitaba explicaciones. No podían perder un segundo. Los camareros entrarían finalmente en algún momento en la sala reservada y verían los cadáveres. Tenían que salir de allí con rapidez, pero sin prisas.

Susana llamó a Víctor.

—Víctor, espera, por favor, espera un segundo. Es mi jefe, de verdad. No es ninguna pareja, ni novio, ni nada malo que puedas pensar. Por favor...

Pero Víctor había desaparecido con una rapidez inusual para un hombre de su edad. No corría pero tardó en salir de la sala el mismo tiempo que cualquier persona normal habría empleado solo corriendo.

Ella salió a la calle, pero solo vio un potente coche negro que salió con un estruendoso bramido del motor y desapareció en la noche madrileña.

Susana se quedó allí, sola, con la sensación de haber perdido, esta vez para siempre, al hombre de su vida.

A los pocos minutos empezaron a llegar al restaurante coches de policía y ambulancias. Los dueños se vieron obligados, por orden de la policía, a retener a todos los comensales y a interrogarlos uno por uno.

Los dueños del restaurante tuvieron que pedir disculpas a todos los clientes. Les contaron la verdad, que en una de las salas privadas del local se había

producido el asesinato de cuatro personas extranjeras.

Roberto presionó a Susana para que le contara de qué conocía a uno de aquellos hombres que salieron del restaurante un cuarto de hora antes de que llegase la policía.

—Susana, le has llamado Víctor. Sabes su nombre. Dime quién es. Pueden estar implicados en el crimen, o puede haber sido justo ese el que mató a esos tíos. Tenemos una exclusiva, una bomba. No podemos dejar escapar esta oportunidad.

¿Tú quieres llegar a la cima, sí o no? A lo más alto se llega así, con exclusivas como esta, adelantándote a todos,

contando lo que nadie sabe. Vamos a hacer un directo desde la calle, a la puerta del restaurante, en cuanto la policía nos lo permita.

—No voy a hacer nada de eso, Roberto. No sé quién es. Me he debido de confundir. Creí conocerlo, pero no. Está claro que no. ¿No has visto que ni se ha girado cuando lo he llamado? Eso es que me habré equivocado de nombre, no hay duda. Olvídalo, anda.

—No soy estúpido, niña. Has dicho claramente: “*Es mi jefe, de verdad...*” O sea, que es o ha sido pareja tuya. No sé si novio, amante, ex marido, o lo que sea, no es asunto mío. Pero tú conoces bien a ese hombre y él a ti. Te exijo que

me cuentas qué ocurre; qué sabes de este lío.

—Te repito, Roberto, y te estás poniendo un poco pesadito, que me he confundido de persona. Eso es todo.

—Tu futuro va a depender de este asunto. O hacemos un directo espectacular de este caso y cuentas alguna exclusiva o no habrá para ti programa de debate.

—No necesito ese programa, muchas gracias. Deja a César, que lo está haciendo muy bien —contestó ella.

—No lo has entendido, me temo —dijo él —. Si no haces lo que te digo, mañana no vuelvas por la oficina. Esto es periodismo, aquí no estamos para

caprichos ni para lealtades personales de ningún tipo. A lo mejor te has equivocado de profesión.

—A lo mejor, no, seguro —comenzó Susana—. Pensé que el periodismo era otra cosa, si te soy sincera. Se ha convertido en una banda de correveidiles siervos de un poder que les financia a través de publicidad institucional. Si no hacemos lo que mandan, cortan el grifo y dejan quebrar periódicos y televisiones.

>>A esto no se le puede llamar periodismo. Más bien somos voceros de oligarcas, altavoces de lo políticamente correcto en cada caso. Así que mira, me haces un favor. Así, si me despides, será

un despido improcedente y me tendréis que pagar algo. En cambio, si me hubiera marchado yo, no tendría nada. Así que, Roberto, muchas gracias.

La mujer ya había declarado ante la policía y se disponía a salir del local.

—Espera, espera, tú no vas a ninguna parte —dijo Roberto, encolerizado y frustrado por que este asunto había echado a perder sus planes de seducir a Susana después de la cena.

Roberto se acercó a uno de los policías y le contó la escena de Susana llamando y siguiendo a Víctor. El uniformado funcionario dio una orden y los dos policías que custodiaban la entrada impidieron la salida de Susana del

restaurante.

—Señorita, debe usted acompañarnos de nuevo —dijo uno de ellos.

La llevaron a la cocina y allí el inspector, acompañado de Roberto, la interrogó.

—Este hombre dice que usted reconoció a uno de los sospechosos —expuso el inspector.

—¿Reconocer? ¿Qué sospechosos? —preguntó ella.

—Todos los testigos afirman que, unos minutos antes de llegar la policía, aunque aquí las versiones de los minutos difieren bastante, salieron cuatro hombres del restaurante. Algunos no se

fijaron en ellos, pero unas cuantas personas han podido describirlos someramente.

>>Tenemos sospechas de que se trata de una banda organizada que opera en toda Europa y que tiene Madrid como una de sus sedes permanentes. Usted mencionó, según el testigo aquí presente, el nombre de Víctor. ¿Es eso cierto?

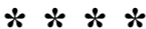
—Sí, dije ese nombre, pero me he equivocado. A veces ocurre. Me he confundido de persona. Además, ya había bebido bastante vino y no estaba en condiciones de reconocer a nadie — dijo ella.

—Por favor, qué historia tan tonta — dijo Roberto —. Pero si no habías

tomado ni tres copas.

—Anda, calla, chivato. Eres un hombre despreciable, Roberto. Ya es hora de que alguien te diga la verdad a la cara —dijo Susana.

El inspector insistió pero no consiguió sacar a Susana de la versión del error. Finalmente, tuvieron que dejarla marchar. Roberto la siguió hasta la calle.



Víctor y Román, tras el incidente con los italianos, se reunieron en el salón de la

mansión de Urálov.

—Víctor, ¿qué vas a hacer con Susana? Nos ha visto. Esto sí que ha sido una desagradable coincidencia. Sabes que no creo, como tú tampoco, en las coincidencias. No existen. Pero esto se me escapa. Esta vez parece que nos hemos encontrado con una coincidencia que nos perjudica a todos, pero sobre todo a ella.

>>Ese tipo, Roberto, el que estaba con ella, es, en efecto, el director de la cadena. La habría llevado allí para proponerle alguna mejora de contrato o alguna falsa promesa con el único objetivo de llevársela a la cama. Tengo buenos informes sobre él y es una rata

cobarde que trepa como la mejor de las enredaderas. Nada bueno le espera esta noche a Susana.

—Pensaba ir, disfrazado, como me gusta hacer cuando quiero enterarme de algo, hasta el restaurante, para ver qué se está cocinando justo ahora por allí. Iré de mendigo. Así mato dos pájaros de un tiro —dijo Víctor.

—La quieres, ¿no es así?

—Sí, Román. Estoy enamorado de ella hasta las cachas, como un crío. Es horroroso. Pero no podemos estar juntos. Ya ves lo que ha pasado hoy. No se puede así.

—Bueno, ahora ve e infórmame de todo. Llévate gente.

Víctor descendió de un vehículo a tres calles del restaurante. Llegó a las inmediaciones del mismo justo en el momento en el que Susana salía del restaurante como una bala y Roberto iba detrás de ella, llamándola a gritos. No le gustó cómo gritaba a su amada.

—Susana, ven aquí inmediatamente. ¡¡Te lo ordeno!!

—Estoy despedida, me parece. Así que ya no eres nadie para darme ningún tipo de orden —dijo Susana, nerviosa.

Roberto la alcanzó echando una breve carrera. La agarró del brazo para conseguir que parase.

—Susana, escucha...

—Suéltame, cabrón. Me estás haciendo daño en el brazo. ¡Fuera de mi vista!

—Tranquila, vale, perdona. Escucha — dijo él soltándola —. Olvida las bobadas que te he dicho. Olvida este asunto del restaurante. Era una buena oportunidad, lo reconozco. Pero da igual. Se ha perdido. Más bien tú has querido perderla. Pero no arruines tu carrera por ese tío, sea quien sea. Recapacita. Venga, ven conmigo. Te llevo a casa en coche. Es tarde y estamos todos nerviosos.

—No, de verdad. Por favor, aléjate de mí y no vuelvas a acercarte nunca, chivato de mierda —dijo ella.

Roberto le dio un bofetón. El chasquido

de la torta puso a hervir la sangre del militar de Krasnoyarsk. Se acercó progresivamente a la pareja. Susana se quedó paralizada ante la súbita e injusta agresión de su jefe.

—Esto te va a costar muy caro, cerdo — dijo ella, entre lágrimas —. Esto sí que no te lo perdono. Irás a juicio.

—Me has insultado, puta. Quién te has creído que eres, una pobre andaluza venida de provincias, porque tengas un buen culo y unas tetas cojonudas. Eres una más, ¿me oyes? No llegarás nunca a nada en esta ciudad. De eso me encargo yo. Tengo muchos contactos. Así que ve buscándote otro empleo.

—Todo esto que estás diciendo lo usaré

en tu contra en el juicio. Voy a apuntar cada una de tus palabras —dijo Susana.

—Ah, ¿sí? Tu palabra contra la mía. La historia de siempre. No hay testigos, bonita, jaja. No tienes nada que hacer.

—Aquí hay uno —dijo una voz cavernosa.

Susana y Roberto se volvieron y descubrieron a un mendigo apoyado en una farola. No lo habían notado llegar. Había surgido de la nada.

—¿Cómo que “*aquí hay uno*”? —dijo Roberto repitiendo la frase de Víctor.

—Sí, aquí hay un testigo. Ha dicho usted: “no hay testigos”. Pues bien, sí lo hay. Soy yo. ¿O por ser pobre mi

palabra no vale en un tribunal?

—Yo declararé en su favor, señorita. He visto y oído todo. Y tengo buena memoria. He visto la bofetada también.

—Ey, buen hombre, escuche. Esto es una trifulca de pareja, una bronca habitual. No se meta, por favor. Tenga, aquí tiene. Una limosna. Para que pase una buena noche —dijo Roberto mientras le extendía al mendigo un billete de diez euros.

—¡Qué generoso! ¿Con diez euros pretende comprar mi silencio? Ya veo que parezco muy tonto, entonces —dijo Víctor —. Ahí tiene su billete —dijo tirándolo con desprecio al suelo.

—Maldito desagradecido. Va y lo tira.

Pero habrase visto...

—Yo, en cambio, tengo algo mejor para usted que diez miserables euros.

El brazo del mendigo salió disparado hacia la cara de Roberto. El bofetón hizo despegar del suelo al director de Cadena 7, que se estrelló contra la pared. Los boxeadores más potentes de la historia conseguían golpes que suponían cinco veces su peso corporal.

Un boxeador de ochenta o noventa kilos podía lanzar un golpe de unos cuatrocientos cincuenta kilos. Víctor, en su juventud, con setenta kilos de peso, llegó a alcanzar casi setecientos. Los monitores de boxeo pensaban que la máquina estaba estropeada, pero solo se

estropeaba cuando golpeaba él.

Llegaron a la conclusión de que tenía la pegada más fuerte de toda Rusia. Aunque golpeó a Roberto con la mano abierta, le rompió la nariz y, debido al choque contra la pared, se abrió una brecha en la sien de considerable longitud. En pocos segundos, la acera estaba llena de sangre.

—Donde las dan, las toman. Esta es la bofetada que la chica, por educación e inteligencia, no ha querido darle. Y como yo no tengo nada que perder, se la doy de su parte.

—Gracias, buen hombre, muchas gracias —dijo ella—. Su intervención no ha podido ser más oportuna. No sé qué más

me habría hecho este maniaco. Es mi jefe, y hoy he cometido el error de venir a cenar porque me quería hablar de proyectos de trabajo. ¿Puedo irme con usted?

—Claro, preciosa. Déme el brazo. La llevaré hasta un taxi y se volverá segura a casa.

Dejaron a Roberto en el suelo, ya consciente pero absolutamente noqueado, sin saber dónde estaba ni lo que había pasado. Ni siquiera sentía dolor. Todavía.

Susana agarró al mendigo del brazo y se fueron calle abajo, a la busca de algún medio de transporte.

—Por favor, venga a mi casa esta noche.

Le puedo preparar una cena. Y dormirá en una cama. ¿Qué me dice?

—No, gracias. Mi sitio es la calle. Si no estuviera aquí, no podría ayudar a jovencitas como usted. Se lo agradezco mucho. Vaya a casa y descanse. Yo estoy bien. Sé cuidarme. No se preocupe por mí. Deje ese trabajo. Si ese es su jefe, no me quiero imaginar su vida laboral.

—Es un impresentable, en efecto. Tenía que haberle respondido, pero creo que lo ha hecho justo para que yo actuase y así tener coartada. Ahora me arrepiento de no haberle dado una buena patada en los huevos.

—Aún está a tiempo. Estamos cerca, a unos cincuenta metros...

—Es usted divertido. No, tenía que haberlo hecho en el momento, en caliente. Ahora, con él así, en el suelo, sangrando... sería abusar. No quiero pensar más en él.

El brazo del mendigo le recordó a su hombre, a Víctor. Se dijo que tenía una forma parecida, y una dureza muscular extraordinaria, como él. ¡Qué mendigo tan extraño! Llegaba en el momento justo...

—Dígame, ¿cómo se llama? —preguntó Susana.

—Me llamo Edelmiro.

—Encantada, Edelmiro. Yo soy Susana.

—Susana, bonito nombre.

—Usted no es español, ¿verdad?

—No, soy búlgaro —contestó él —; ¿tan mal hablo?

—No, no, usted habla muy bien español, pero que muy bien. Es solo que noto un ligero acento que me recuerda a una persona muy importante.

—Un chico que te gusta, seguro —dijo él intentando adoptar un tono pícaro, sin conseguirlo del todo.

—Es más que un chico. Y decir me gusta no es decir nada tratándose de él. Es un hombre. Chicos son todos los demás hombres a su lado.

—Usted lo estima mucho. Quizá lo sobrevalore. A veces el amor hace

idealizar al otro. Pero no seré yo quien interfiera en sus sentimientos, por supuesto —dijo el hombre.

—Y ¿por qué no está él aquí? Debería haber estado para protegerla —añadió el mendigo.

—Él ya me salvó la vida antes. Esta es la segunda vez —dijo ella, sonriendo.

—No entiendo bien... Dice que ese hombre la salvó una vez la vida. Hasta ahí lo entiendo. Pero la segunda parte no. Esta es la segunda vez.

Víctor se paró y miró con asombro a Susana. Lo había descubierto. Era la primera vez que alguien lo reconocía con un disfraz.

—Entonces, señorita, yo soy ese hombre
—dijo Víctor quitándose peluca, barba,
andrajos y maquillaje diverso.

—¿Cómo has podido reconocerme? —
añadió, feliz.

—La verdad es que es imposible. Ni la
voz ni el aspecto han sido los culpables.
Esa bestial torta no creo que la pueda
dar mucha más gente en este planeta.
Eso para empezar. Y al agarrarte, he
sentido que ese brazo era el tuyo.

>>La textura de tus músculos, esa
extraña dureza de roca que tienen me ha
abierto los ojos. Iba pensando cómo te
habías disfrazado y cómo habías podido
haber vuelto tan deprisa hasta aquí, pero
eso eran detalles que, para un hombre

como tú, sería pecata minuta. Ofrecerme tu brazo ha sido el único error.

—Susana, mi gacela... No hay tiempo ahora para nada. Hay muchísima policía y los hombres de los italianos estarán espionando por aquí. No es seguro permanecer por los alrededores ahora.

En ese instante, apareció un coche que frenó frente a ellos y se abrió una puerta. Susana y Víctor entraron en el vehículo, que les condujo a casa de Susana. Víctor la acompañó hasta el portal.

—Ahora debo irme, tengo que informar a Román. Si te apetece, puedo volver en más o menos una hora. Si no... pues...

—Tonto, nada podría apetecerme más. Esta hora se me va a hacer muy larga.

Voy a ducharme y te espero despierta.

—No sé qué ha pasado en el restaurante, pero me temo que no tienes trabajo. ¿Me equivoco?

—No te equivocas, Víctor. Y estoy feliz de no tenerlo. Tenía que haberme ido al día siguiente. El mismo día del paseo por El Retiro. yo... Bueno, vete, anda, te esperan tus chicos. Luego hablamos.

—Sí, perdona. No puedo ahora. Espérame, vuelvo dentro de un rato.

* * * *

Víctor volvió una hora y media más

tarde.

Susana abrió la puerta vestida con un camisón negro medio transparente que no dejaba ver nada pero sugería todo.

—¡Qué gran recibimiento! —exclamó él.

—Víctor, dejemos las palabras para luego —dijo Susana, excitada con solo verlo.

Ella se abalanzó hacia él, lo agarró del cuello y lo besó con mucha fuerza, casi con violencia. Víctor fue contagiado por la vorágine de sexo salvaje y repentino y se entregó al juego con pasión. Besó y mordió a Susana por todo el cuerpo, allí, de pie, junto a la puerta.

Ella, loca de placer y ansia sexual, bajó la cremallera de su pantalón e introdujo dos dedos que empezaron a tocar el enorme miembro del siberiano. Lo que tocaba en realidad era el calzoncillo. Le bajó el pantalón y el calzoncillo a un tiempo, de un rápido tirón hacia abajo.

Víctor reclinó su espalda en la pared y se dejó llevar. Susana le hizo una felación, pero la alternaba con otra interesante operación. Se quitó el camión, se ponía delante de él y, agarrándole el pene, se lo introducía en su vagina. Así una y otra vez, se lo introducía, lo soltaba, bajaba a chupársela de nuevo... Hasta que Víctor estalló y se corrió en el interior de

Susana.

Consumado el primer asalto, un tanto salvaje y apresurado, fueron al dormitorio y siguieron luchando en una batalla sexual donde, en principio, un hombre de cincuenta y ocho años no tenía nada que hacer contra una hembra joven de veintinueve años, en plena forma sexual.

Pero Víctor no era un hombre habitual ni Susana tenía la experiencia de una ninfa. El marcador quedó en tablas. Hasta casi el amanecer estuvieron disfrutando del cuerpo del otro. Unas veces amándose, otras solo abrazándose y otras masajeándose el uno al otro.

El cuerpo de Susana enloquecía a

Víctor. Llegó a pensar que esa precisa mujer había sido concebida para él. El pensamiento lo asustó y renunció a seguir indagando en él. Por su parte, Susana no podía ni imaginar a otro hombre a su lado. Jamás. Sintió, desde aquel primer contacto en aquella terraza suiza, que ese hombre vibraba de otra forma y que sus vibraciones coincidían a la perfección con las suyas.

Hacia las seis de la mañana se adormilaron. Se despertaron, enlazados, un poco antes del mediodía. Volvieron a hacer el amor, continuando el duro combate de la noche. No se hastiaban. Al contrario, cada vez disfrutaban con más intensidad y se conocían mejor.

Cuando hubieron calmado, por unas horas, sus respectivos anhelos por el cuerpo de la persona amada, pudieron mantener, al fin, una conversación.

—Susana, ayer estuve hablando con Román. Le he contado lo nuestro, aunque él ya sabía que acabaríamos juntos. Ese hombre tiene algo de pitonisa o de vidente. Nunca se equivoca. Ni siquiera tuve que decirle que quería irme contigo.

>>Él me lo ha ordenado. Me ha dicho que me tome un año entero y que, después del año, si siento que no debo volver, que no lo haga. Me da la posibilidad de volver. Quiero irme contigo. Tengo una propuesta que

hacerte.

—Víctor —interrumpió ella—. Antes de que me la cuentes, y me interesa mucho, no creas que no, te digo, por anticipado, lo que tú ya sabes que voy a decir. Sí.

—La propuesta es irnos a Miconos, la isla griega de las Cícladas, en el mar Egeo. ¿La conoces?

—Jamás he estado, pero he visto fotos, Víctor. ¡¡¡Sí!!! Dios mío, me gustaría salir ya, ahora, para allá.

—Calma, mi gacela, calma. Mañana salimos, no te preocupes. Iremos en el jet privado de Román. Salimos a las diez de la mañana. Bueno, sigo. Allí tengo conocidos rusos. Uno de ellos es

un buen amigo, fue compañero mío en Afganistán.

>>Vimos la muerte de cerca en varias ocasiones y eso une de una manera especial. Él tiene un restaurante allí. Hace unos meses compré un terreno para construir un pequeño hotel de lujo. En principio será para turismo ruso, pero no tiene por qué ser solo de rusos. El restaurante hará descuentos especiales a los miembros de nuestro hotel. El hotel se inaugura dentro de quince días.

>>Quiero que estemos juntos y celebrarlo por todo lo grande. Vendrá Román, por supuesto, y todos mis muchachos que estaban, hasta hoy, a mi cargo. Será una fiesta increíble, de

varios días. Tú podrás llevar el hotel, las relaciones públicas, la publicidad por internet, si quieres. O simplemente vivir y descansar. No te obligo a nada. Allí quizá se te ocurra qué hacer.

—No se me ocurre mejor vida que esa, en una isla paradisíaca, con el azul y el blanco como colores principales. Quiero tener hijos contigo, Víctor, criarlos y educarlos para que algún día puedan llegar a ser dignos de un padre como tú. Eso es lo que quiero hacer.

—Mi gacela, me haces muy feliz. Pensaba que una chica como tú, tan joven, en una isla... No estaba del todo seguro.

—Adoro el sol, el mar, y me gustan

mucho las islas. No te preocupes, estaremos bien.

—De todas formas, viajaremos mucho. No vamos a estar encerrados en la isla todo el año. Tengo otros proyectos, pero te los iré contando poco a poco. De momento, nos centraremos en nuestro hotel. Tenía pensado un nombre. Pero lo he cambiado. El hotel iba a llamarse *Rai*, que significa paraíso en ruso. Pero ahora se va a llamar *Gazel'*. Adivina lo que significa.

—¡Gacela! Qué bonito suena en ruso: más o menos oigo algo así como “*gasiél*”.

—Sí, la e suena ie muchas veces, en efecto. Mi gacela, tú. ¿Te gusta?

—Todo lo tuyo me gusta, Víctor, de corazón te lo digo. Todo. Tú, tus ideas, tus propuestas para mí, todo. No podría ser más feliz. No me atreví a hacer esto desde el principio. Yo quería, pero pensé que sacarte de tu mundo, de todo lo que eres aquí, solo por mí... que no era justo, vaya. Dudé. Ha sido un error.

—No ha sido ningún error. Así ha sido más bonito —dijo Víctor—. Fíjate qué felices somos ahora, cuando ambos pensábamos que todo estaba perdido. Ese pobre jefe tuyo, Roberto se llama, ¿no? Gracias a él, y a llevarte a ese restaurante ayer, estamos ahora aquí, a punto de irnos a nuestro Rai, a nuestro paraíso griego. Le di muy fuerte, con

todas mis ganas, que eran, como viste, muchas.

—Sí, la verdad es que no olvidaré jamás esa bofetada cósmica. Por cómo despegó del suelo, más parecía que le había embestido un toro bravo español. Fue espectacular. Me asusté un poco porque creí que lo habías matado.

—No, simplemente se le rompió la nariz, del impacto contra la pared.

—Muchas veces, gacela —continuó él—, la gente más indeseable son un instrumento necesario para que ocurran las mejores cosas. Incluso ellos son útiles. Lo he comprobado mucha veces como para pensar que sea casualidad. Es algo que te hace reflexionar.

—Estaba pensando justo lo mismo —
dijo ella.

Después lo besó y así estuvieron el resto
de su último día en Madrid, besándose y
amándose como posesos.

NOTA DE LA AUTORA

Si has disfrutado del libro, por favor considera dejar una review del mismo (no tardas ni un minuto, lo sé yo). Eso ayuda muchísimo, no sólo a que más gente lo lea y disfrute de él, sino a que yo siga escribiendo.

A continuación te dejo un enlace para entrar en mi lista de correo si quieres enterarte de obras gratuitas o nuevas que salgan al mercado. Finalmente, te dejo también otras obras — más o de otras

personas — que creo serán de tu interés.
Por si quieres seguir leyendo.

Nuevamente, gracias por disfrutar de
mis obras. Eres lo mejor.

[Haz click aquí](#)

**para suscribirte a mi boletín
informativo y conseguir libros gratis**

¿Quieres seguir leyendo?

Otras Obras:

[La Mujer Trofeo](#)

[Romance Amor Libre y Sexo con el](#)

Futbolista Millonario

— *Comedia Erótica y Humor* —

La Celda de Cristal

Secuestrada y Salvada por el Mafioso

Millonario Ruso

— *Romance Oscuro y Erótica* —

Reclamada

Tomada y Vinculada al Alfa

— *Distopía, Romance Oscuro y Erótica* —

—

“Bonus Track”

— Preview de [*“La Mujer Trofeo”*](#) —

Capítulo 1

Cuando era adolescente no me imaginé que mi vida sería así, eso por descontado.

Mi madre, que es una crack, me metió en la cabeza desde niña que tenía que ser independiente y hacer lo que yo quisiera. *“Estudia lo que quieras, aprende a valerte por ti misma y nunca mires atrás, Belén”*, me decía.

Mis abuelos, a los que no llegué a

conocer hasta que eran muy viejitos, fueron siempre muy estrictos con ella. En estos casos, lo más normal es que la chavala salga por donde menos te lo esperas, así que siguiendo esa lógica mi madre apareció a los dieciocho con un bombo de padre desconocido y la echaron de casa.

Del bombo, por si no te lo imaginabas, salí yo. Y así, durante la mayor parte de mi vida seguí el consejo de mi madre para vivir igual que ella había vivido: libre, independiente... y pobre como una rata.

Aceleramos la película, nos saltamos unas cuantas escenas y aparezco en una tumbona blanca junto a

una piscina más grande que la casa en la que me crie. Llevo puestas gafas de sol de Dolce & Gabana, un bikini exclusivo de Carolina Herrera y, a pesar de que no han sonado todavía las doce del mediodía, me estoy tomando el medio gin-tonic que me ha preparado el servicio.

Pese al ligero regusto amargo que me deja en la boca, cada sorbo me sabe a triunfo. Un triunfo que no he alcanzado gracias a mi trabajo (a ver cómo se hace una rica siendo psicóloga cuando el empleo mejor pagado que he tenido ha sido en el Mercadona), pero que no por ello es menos meritorio.

Sí, he pegado un braguetazo.

Sí, soy una esposa trofeo.

Y no, no me arrepiento de ello. Ni lo más mínimo.

Mi madre no está demasiado orgullosa de mí. Supongo que habría preferido que siguiera escaldándome las manos de lavaplatos en un restaurante, o las rodillas como fregona en una empresa de limpieza que hacía malabarismos con mi contrato para pagarme lo menos posible y tener la capacidad de echarme sin que pudiese decir esta boca es mía.

Si habéis escuchado lo primero que he dicho, sabréis por qué. Mi madre cree que una mujer no debería buscar un esposo (o esposa, que es muy moderna)

que la mantenga. A pesar de todo, mi infancia y adolescencia fueron estupendas, y ella se dejó los cuernos para que yo fuese a la universidad. “¿Por qué has tenido que optar por el camino fácil, Belén?”, me dijo desolada cuando le expliqué el arreglo.

Pues porque estaba hasta el moño, por eso. Hasta el moño de esforzarme y que no diera frutos, de pelearme con el mundo para encontrar el pequeño espacio en el que se me permitiera ser feliz. Hasta el moño de seguir convenciones sociales, buscar el amor, creer en el mérito del trabajo, ser una mujer diez y actuar siempre como si la siguiente generación de chicas jóvenes

fuese a tenerme a mí como ejemplo.

Porque la vida está para vivirla, y si encuentras un atajo... Bueno, pues habrá que ver a dónde conduce, ¿no? Con todo, mi madre debería estar orgullosa de una cosa. Aunque el arreglo haya sido más bien decimonónico, he llegado hasta aquí de la manera más racional, práctica y moderna posible.

Estoy bebiendo un trago del gin-tonic cuando veo aparecer a Vanessa Schumacher al otro lado de la piscina. Los hielos tintinean cuando los dejo a la sombra de la tumbona. Viene con un vestido de noche largo y con los zapatos de tacón en la mano. Al menos se ha dado una ducha y el pelo largo y rubio le

gotea sobre los hombros. Parece como si no se esperase encontrarme aquí.

Tímida, levanta la mirada y sonrío. Hace un gesto de saludo con la mano libre y yo la imito. No hemos hablado mucho, pero me cae bien, así que le indico que se acerque. Si se acaba de despertar, seguro que tiene hambre.

Vanessa cruza el espacio que nos separa franqueando la piscina. Deja los zapatos en el suelo antes de sentarse en la tumbona que le señalo. Está algo inquieta, pero siempre he sido cordial con ella, así que no tarda en obedecer y relajarse.

—¿Quieres desayunar algo? —

pregunto mientras se sienta en la tumbona con un crujido.

—Vale —dice con un leve acento alemán. Tiene unos ojos grises muy bonitos que hacen que su rostro resplandezca. Es joven; debe de rondar los veintipocos y le ha sabido sacar todo el jugo a su tipazo germánico. La he visto posando en portadas de revistas de moda y corazón desde antes de que yo misma apareciera. De cerca, sorprende su aparente candidez. Cualquiera diría que es una mujer casada y curtida en este mundo de apariencias.

Le pido a una de las mujeres del servicio que le traiga el desayuno a Vanessa. Aparece con una bandeja de

platos variados mientras Vanessa y yo hablamos del tiempo, de la playa y de la fiesta en la que estuvo anoche. Cuando le da el primer mordisco a una tostada con mantequilla light y mermelada de naranja amarga, aparece mi marido por la misma puerta de la que ha salido ella.

¿Veis? Os había dicho que, pese a lo anticuado del planteamiento, lo habíamos llevado a cabo con estilo y practicidad.

Javier ronda los treinta y cinco y lleva un año retirado, pero conserva la buena forma de un futbolista. Alto y fibroso, con la piel bronceada por las horas de entrenamiento al aire libre, tiene unos pectorales bien formados y

una tableta de chocolate con sus ocho onzas y todo.

Aunque tiene el pecho y el abdomen cubiertos por una ligera mata de vello, parece suave al tacto y no se extiende, como en otros hombres, por los hombros y la espalda. En este caso, mi maridito se ha encargado de decorárselos con tatuajes tribales y nombres de gente que le importa. Ninguno es el mío. Y digo que su vello debe de ser suave porque nunca se lo he tocado. A decir verdad, nuestro contacto se ha limitado a ponernos las alianzas, a darnos algún que otro casto beso y a tomarnos de la mano frente a las cámaras.

El resto se lo dejo a Vanessa y a las decenas de chicas que se debe de tirar aquí y allá. Nuestro acuerdo no precisaba ningún contacto más íntimo que ese, después de todo.

Así descrito suena de lo más atractivo, ¿verdad? Un macho alfa en todo su esplendor, de los que te ponen mirando a Cuenca antes de que se te pase por la cabeza que no te ha dado ni los buenos días. Eso es porque todavía no os he dicho cómo habla.

Pero esperad, que se nos acerca. Trae una sonrisa de suficiencia en los labios bajo la barba de varios días. Ni se ha puesto pantalones, el tío, pero supongo que ni Vanessa, ni el servicio,

ni yo nos vamos a escandalizar por verle en calzoncillos.

Se aproxima a Vanessa, gruñe un saludo, le roba una tostada y le pega un mordisco. Y después de mirarnos a las dos, que hasta hace un segundo estábamos charlando tan ricamente, dice con la boca llena:

—Qué bien que seáis amigas, qué bien. El próximo día te llamo y nos hacemos un trío, ¿eh, Belén?

Le falta una sobada de paquete para ganar el premio a machote bocazas del año, pero parece que está demasiado ocupado echando mano del desayuno de Vanessa como para regalarnos un gesto tan español.

Vanessa sonríe con nerviosismo, como si no supiera qué decir. Yo le doy un trago al gin-tonic para ahorrarme una lindeza. No es que el comentario me escandalice (después de todo, he tenido mi ración de desenfreno sexual y los tríos no me disgustan precisamente), pero siempre me ha parecido curioso que haya hombres que creen que esa es la mejor manera de proponer uno.

Como conozco a Javier, s  que está bastante seguro de que el universo gira en torno a su pene y que tanto Vanessa como yo tenemos que usar toda nuestra voluntad para evitar arrojarnos sobre su cuerpo semidesnudo y adorar su miembro como el motivo y fin de

nuestra existencia.

A veces no puedo evitar dejarle caer que no es así, pero no quiero ridiculizarle delante de su amante. Ya lo hace él solito.

—Qué cosas dices, Javier — responde ella, y le da un manotazo cuando trata de cogerle el vaso de zumo —. ¡Vale ya, que es mi desayuno!

—¿Por qué no pides tú algo de comer? —pregunto mirándole por encima de las gafas de sol.

—Porque en la cocina no hay de lo que yo quiero —dice Javier.

Me guiña el ojo y se quita los calzoncillos sin ningún pudor. No tiene

marca de bronceado; en el sótano tenemos una cama de rayos UVA a la que suele darle uso semanal. Nos deleita con una muestra rápida de su culo esculpido en piedra antes de saltar de cabeza a la piscina. Unas gotas me salpican en el tobillo y me obligan a encoger los pies.

Suspiro y me vuelvo hacia Vanessa. Ella aún le mira con cierta lujuria, pero niega con la cabeza con una sonrisa secreta. A veces me pregunto por qué, de entre todos los tíos a los que podría tirarse, ha elegido al idiota de Javier.

—Debería irme ya —dice dejando a un lado la bandeja—. Gracias por el desayuno, Belén.

—No hay de qué, mujer. Ya que eres una invitada y este zopenco no se porta como un verdadero anfitrión, algo tengo que hacer yo.

Vanessa se levanta y recoge sus zapatos.

—No seas mala. Tienes suerte de tenerle, ¿sabes?

Bufo una carcajada.

—Sí, no lo dudo.

—Lo digo en serio. Al menos le gustas. A veces me gustaría que Michel se sintiera atraído por mí.

No hay verdadera tristeza en su voz, sino quizá cierta curiosidad. Michel St. Dennis, jugador del Deportivo

Chamartín y antiguo compañero de Javier, es su marido. Al igual que Javier y yo, Vanessa y Michel tienen un arreglo matrimonial muy moderno.

Vanessa, que es modelo profesional, cuenta con el apoyo económico y publicitario que necesita para continuar con su carrera. Michel, que está dentro del armario, necesitaba una fachada heterosexual que le permita seguir jugando en un equipo de Primera sin que los rumores le fastidien los contratos publicitarios ni los directivos del club se le echen encima.

Como dicen los ingleses: una situación *win-win*.

—Michel es un cielo —le

respondo. Alguna vez hemos quedado los cuatro a cenar en algún restaurante para que nos saquen fotos juntos, y me cae bien—. Javier sólo me pretende porque sabe que no me interesa. Es así de narcisista. No se puede creer que no haya caído rendida a sus encantos.

Vanessa sonrío y se encoge de hombros.

—No es tan malo como crees. Además, es sincero.

—Mira, en eso te doy la razón. Es raro encontrar hombres así. —Doy un sorbo a mi cubata—. ¿Quieres que le diga a Pedro que te lleve a casa?

—No, gracias. Prefiero pedirme un taxi.

—Vale, pues hasta la próxima.

—Adiós, guapa.

Vanessa se va y me deja sola con mis gafas, mi bikini y mi gin-tonic. Y mi maridito, que está haciendo largos en la piscina en modo Michael Phelps mientras bufa y ruge como un dragón. No tengo muy claro de si se está pavoneando o sólo ejercitando, pero corta el agua con sus brazadas de nadador como si quisiera desbordarla.

A veces me pregunto si sería tan entusiasta en la cama, y me imagino debajo de él en medio de una follada vikinga. ¿Vanessa grita tan alto por darle emoción, o porque Javier es así de bueno?

Y en todo caso, ¿qué más me da? Esto es un arreglo moderno y práctico, y yo tengo una varita Hitachi que vale por cien machos ibéricos de medio pelo.

Una mujer con la cabeza bien amueblada no necesita mucho más que eso.

Javier

Disfruto de la atención de Belén durante unos largos. Después se levanta como si nada, recoge el gin-tonic y la revista insulsa que debe de haber estado leyendo y se larga.

Se larga.

Me detengo en mitad de la piscina

y me paso la mano por la cara para enjuagarme el agua. Apenas puedo creer lo que veo. Estoy a cien, con el pulso como un tambor y los músculos hinchados por el ejercicio, y ella se va. ¡Se va!

A veces me pregunto si no me he casado con una lesbiana. O con una frígida. Pues anda que sería buena puntería. Yo, que he ganado todos los títulos que se puedan ganar en un club europeo (la Liga, la Copa, la Súper Copa, la Champions... Ya me entiendes) y que marqué el gol que nos dio la victoria en aquella final en Milán (bueno, en realidad fue de penalti y Jáuregui ya había marcado uno antes,

pero ese fue el que nos aseguró que ganábamos).

La Mujer Trofeo

Romance Amor Libre y Sexo con el

Futbolista Millonario

— Comedia Erótica y Humor —

Ah, y...

*¿Has dejado ya una Review
de este libro?*

Gracias.